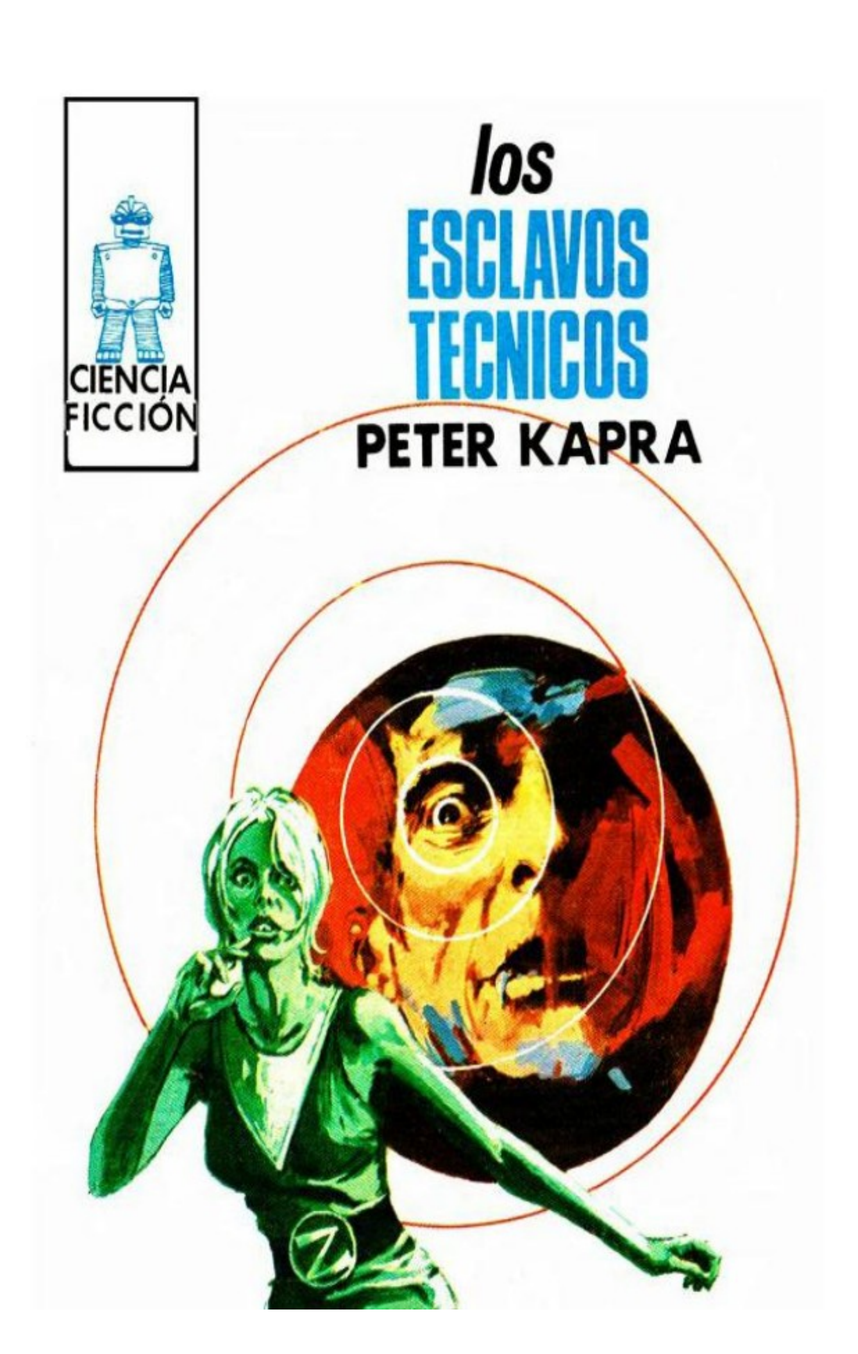

CIENCIA
FICCIÓN
los
ESCLAVOS
TECNICOS
PETER KAPRA

PETER KAPRA

Los esclavos técnicos

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151

BARCELONA BUENOS AIRES

Portada: R. CORTIELLA

Dep. Legal: B. -48.755 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 –
BARCELONA

Capítulo primero

El negro automóvil se detuvo a pocos pasos de donde estaba sentado Dick sobre su balón de cuero, con los codos apoyados en las rodillas y el mentón entre las manos.

El conductor, un hombre de cabellos blancos y rostro afable, se inclinó sobre la ventanilla. Con él viajaba una mujer de edad mediana.

—Hola, chico. ¿Está muy lejos Worthing?

—Cae hacia allá —contestó Dick, poniéndose en pie—. En el coche de papá llegamos en diez minutos.

El hombre miró a su compañera de viaje, quien estaba contemplando al muchacho pecoso, de rostro ovalado, ojos vivaces y cabellos dorados y revueltos.

—¿Vives en aquella mansión? —preguntó ahora la mujer, con voz dulce y acariciante.

—Sí, señora.

—Es un lugar muy bonito. ¿Qué haces aquí?

—Espero a mamá. Ha ido al supermercado.

—¿Y si estiramos un poco las piernas, querido? —preguntó la mujer del coche negro, abriendo la

portezuela y saliendo acto seguido.

Vestía con cierta elegancia. Era evidente que se trataba de un matrimonio acomodado. El coche era un «Ford-Eagle».

—Éste es un lugar muy tranquilo —añadió el hombre, saliendo también del vehículo y mirando en derredor— ¿No te encantaría vivir aquí, Maggy?

—Sí, querido —respondió la mujer, acercándose al pequeño Dick por delante del vehículo—. ¿Qué edad tienes, pequeño?

—Siete años —mintió Dick.

Le gustaba engañar a los extraños respecto a su edad. Invariablemente, todos le decían: «¡Oh, qué crecido estás!» Su madre le había reñido repetidas veces por este defecto. Debes decir la verdad, Dick. Tienes nueve años. Y lo sabes muy bien.»

El hombre y la mujer volvieron a intercambiar una rápida mirada.

—Podemos ir hasta la casa —sugirió la dama—. Quisiera informarme si es fácil adquirir aquí un terreno.

—En la casa no queda más que la abuela —dijo Dick—. Es sorda y casi siempre está durmiendo en su mecedora.

—Pareces muy despabilado, pequeño. ¿Cuál es tu nombre?

—Richard Herlin. Pero en la escuela me llaman Dick. ¿Por qué no me llevan ustedes hasta el cruce? Allí está el supermercado. Mamá no ha querido llevarme, porque dice que siempre le pido cosas. Y

quiero que no olvide el tabaco de papá.

—¡Oh, sí, con mucho gusto! —exclamó el hombre, casi apresuradamente—. Sube, Dicky. Te llevaremos al supermercado. Nosotros también tenemos que comprar unos emparedados.

Regocijado y satisfecho por la bondad de los dos amables viajeros, Dicky abrió la portezuela, trasera y saltó dentro del vehículo. La señora no se sentó ahora al lado de su esposo, sino que lo hizo junto a Dick.

El hombre, con cierto apresuramiento, también ocupó su asiento frente al volante y rápidamente puso el motor en marcha.

—¿Te gustan los caramelos, Dicky? —preguntó la mujer, sonriente, a la vez que tomaba un bolso de piel que había junto a ella.

—Prefiero más un chicle —respondió Dick—. Hago unos globos muy grandes.

—¡Pues también tengo goma de mascar! —respondió la mujer, sonriendo abiertamente, a la vez que abría su bolso.

En efecto, sacó una pastilla de goma de mascar y se la ofreció al pequeño. El coche ya corría velozmente por la carretera secundaria, en dirección este. El conductor observaba con disimulo a través del espejo retrovisor.

En sus facciones se revelaba cierta inquieta ansiedad.

—Mi papá está en Nueva York. Se fue hace tres días. Es ingeniero industrial. Dijo, antes de marchar,

que volvería hoy, y que si todo le salía bien, haríamos pronto un viaje a Sudamérica.

Dick terminó de desenvolver la goma de mascar y se la echó a la boca.

—¿No tienen ustedes niños?

—Sí, tenemos varios —contestó la mujer evasivamente, a la vez que dirigía una rápida mirada hacia la solitaria carretera que iban dejando atrás—. Pero ya son mayores.

—¡Oh, he olvidado mi pelota! —exclamó Dick, de pronto.

—No te preocupes. La recoges cuando regreses con tu mamá.

—Bueno —comentó Dick, masticando el chicle.

De pronto, el sueño empezó a dominar al muchacho que bostezó un par de veces.

El vehículo, al mismo tiempo, disminuyó la marcha, situándose a un lado del camino, para luego, bruscamente, virar a la derecha y meterse por un camino rodeado de árboles.

—¡Pronto, Maggy; dame la manta! Le meteremos en el portaequipajes —dijo el hombre, con voz tensa.

No se había detenido aún el «Ford-Eagle» cuando saltaba a tierra, mirando en torno suyo con atención, el hombre del cabello blanco abrió la portezuela y Luego, abrió el portaequipajes y tiró de la goma que protegía el fondo. Con cierto nerviosismo, abrió una especie de compartimento secreto, de espacio reducido, pero que permitía colocar perfectamente un cuerpo pequeño.

Ayudó luego a la mujer a trasladar al dormido Dick, a quien envolvieron en una manta de viaje, antes de encerrarlo en el cajón secreto. Cerraron luego con la chapa y la goma y bajaron la tapa del portaequipajes.

La mujer subió primero al coche. Echó un vistazo a la parte trasera y vio el papel que había contenido la goma de mascar. Lo recogió y se lo guardó.

—¡Aprisa, Elmer; vámonos de aquí!

Después de cerciorarse que no había nadie por los alrededores, el hombre del cabello blanco subió al coche, lo puso de nuevo en marcha y retrocedió lentamente, para salir a la carretera otra vez.

Un instante después, el automóvil negro enfilaba a toda velocidad la cinta de asfalto y se perdía en la distancia.

* * *

La angustia de Katherina Marshall aumentaba a medida que transcurrían los minutos. Miró varias veces el reloj eléctrico de la cocina y varias veces también alzó los visillos de la ventana.

El bullicioso autobús del «Greenbank College» no llegaba aún.

Y ya pasaban más de quince minutos. Jamás se había retrasado tanto Colé.

El teléfono estaba junto a la puerta.

Con mano trémula, la señora Marshall descolgó el

auricular y marcó rápidamente un número. La ansiedad aumentaba en su ánimo. Empezaba a temer algo malo.

—¿Greenbank?… Soy la señora Marshall… Sí, de Riverside County… ¿Ha salido ya el autobús?… ¿Hace cuarenta minutos? ¡Ya debían haber llegado! ¡No, no; todavía no está mi hijita aquí! ¡Por favor, llamen a donde sea; pregunten en casa de alguna alumna! ¡Trataré de tranquilizarme! Sí, sí… Esperaré su llamada. Gracias.

Katherine colgó el teléfono y se pasó la mano por la frente. Luego, abrió la puerta y salió al jardín, mirando con avidez a la carretera. No se veía ni rastro del autobús azul.

Se dispuso a ir a casa de Melania Potters. Y cuando abría la puerta de la valla, el corazón se le encogió en el pecho al escuchar el agudo y creciente aullido de una sirena.

—¡No, no…! ¡Dios mío!… ¡Que no haya ocurrido nada!

Una ambulancia del County Hospital pasó como un rayo por el centro de la calzada. Los ojos angustiados de la señora Marshall siguieron el raudo paso del vehículo, hasta verlo desaparecer en el cruce de Pawkee Road.

La angustia se cerraba ahora, como una tenaza, en torno a su corazón.

Cruzó la carretera gritando:

—¡Melania, Melania!

Una ventana se abrió en la casa de enfrente.

—¡Algo terrible ha debido ocurrir, Melania!

—¿Qué dices, Katty?

—Las niñas… El autobús no ha llegado…! ¡Oh, Dios mío!

—Pero ¿qué dices? ¿Qué hora es?

La premonición de Katherine Marshall se cumplió con dramática inexorabilidad. La noticia se extendía ya por el condado de Riverside. Era una voz terrible, como un llanto de tragedia y de muerte.

La tarde suave, tranquila, casi bucólica, se transformó, como por diabólico designio, en crepúsculo siniestro, fatídico, mortal. La fatalidad puso su impasible garra en el suceso.

Un tornillo, un simple tornillo de hierro, forjado por máquinas sin alma, roscado y colocado apresuradamente en una factoría de Detroit, se aflojó. Y en el momento más crucial, cuando el autobús iba a reducir la marcha para tomar una curva a la entrada del puente, el defectuoso tornillo saltó de su sitio.

El pie de un hombre llamado Arthur Cole oprimió el pedal. Éste cedió, sin fuerza, hacia abajo.

Detrás de Colé, treinta y dos niñas, entre los seis y los doce años, gritando, riendo, cantando y alborotando hasta el enloquecimiento, no podían ser dominadas por la señorita azafata.

— ¡Silencio, por favor!

Y, de súbito, el grito angustiado de Arthur Cole, que fue apagado por el estrépito monstruoso del autocar azul, embistiendo la débil defensa metálica de la curva.

Un alarido infernal.

Un caso de pequeños cuerpos femeninos que salieron despedidos de sus asientos, choques dolorosos, ayes, gritos, cristales rotos, hierros retorcidos, miembros mutilados, cabezas, piernas, brazos, sangre…! y muerte implacable!

Detrás de la defensa metálica, ya rota por la embestida, estaba el talud. Abajo, el río, de aguas rápidas y profundas.

Y todo fue fantasmagóricamente fugaz, siniestramente rápido.

Un automovilista que iba a entrar en la curva, por el lado contrario, al ver precipitarse al vehículo a las aguas del río, pegó un violento frenazo y dejó empotrado su coche contra el petril. Resultó ileso y salió a la carretera, gritando, con los brazos levantados.

Apenas si llegó al otro lado a tiempo de ver desaparecer el vehículo siniestrado bajo las aguas del río. Pero sí vio pequeños cuerpos uniformados que eran arrastrados por la corriente.

¡Y vio, horrorizado, teñirse las aguas de rojo!

Las cifras de la catástrofe aparecieron aquella misma noche en las pantallas de la televisión.

—Veinte muertos, ocho heridos graves y seis desaparecidos. Las autoridades continúan, ayudadas por voluntarios civiles, registrando el río en ambas orillas, por si hubiera supervivientes. Se teme que todas las niñas hayan perecido.

»Este triste suceso ha causado una terrible impresión en el condado de Riverside, donde residían las

niñas del «Greenbank College».

»Muchos padres de las niñas colaboran con las autoridades en la búsqueda de los desaparecidos. Poco antes del cierre, los hombres-rana han extraído el cuerpo del conductor, Arthur Colé, de quien se tienen las mejores referencias. El accidente se atribuye a un fallo mecánico, que no podrá ser establecido hasta que los peritos hayan reconocido el vehículo.

»Los nombres de las niñas muertas son…

* * *

Diane Marshall, de seis años, ojos azules y cabello rubio abrió los párpados y gimió. El primer recuerdo acudió a su mente infantil con la confusión reinante, mientras el autocar saltaba sobre el petril de la carretera.

Algo le golpeó en la cabeza y quedó aturdida. Sin embargo, la corriente de agua, más que su infantil instinto de conservación, la llevaron hacia una de las ventanillas rotas.

El aluvión de agua la envolvió y fue arrastrada.

El terror la hizo lanzar un grito angustioso. Se incorporó. Estaba rodeada de tinieblas.

Sin embargo, se abrió un rectángulo luminoso, apareció una sombra y una luz se encendió.

Diane vio que se le acercaba una mujer de edad indefinida.

—Cálmate, pequeña —le dijo con Voz dulce.

—¿Dónde está mi mamá?

—Vendrá pronto, querida. Debes dar gracias por haber salvado la vida. El autobús en que viajabas sufrió un accidente y cayó al río. Un amigo nuestro, que estaba pescando cerca de allí, te sacó del agua. Ya hemos avisado a tu mamá y vendrá pronto a buscarte. Debes tranquilizarte. Toma, bebe.

—¡No quiero beber nada! ¡Quiero ir con mi mamá!

En la puerta apareció un hombre de cabellos blancos.

—Dale un calmante, Maggy —indicó el hombre—. Nadie puede oírla, pero no quiero gritos.

—Ayúdame, Elmer —pidió la mujer, sujetando la cabecita de Diane, que intentó volverse.

El hombre se acercó, al mismo tiempo que sacaba una caja metálica del bolsillo; en el interior de la caja había una singular jeringuilla de metal, provista de una punta afilada.

Al poco, Diane sintió, mientras era sujetada, un pinchazo en la nalga.

—¡No, mamá! ¡Mamá, mamá, mamá!

Ahogada su voz por la mano de la mujer, los gritos de Diane fueron apagándose, hasta que pocos minutos después se convirtieron en un gemido ronco, sordo, como un estertor infantil.

Luego, el hombre y la mujer abandonaron la estancia, tras haber apagado la luz. Una vez fuera, se miraron fijamente.

—Para sus padres, esa niña está muerta, Maggy —musitó el hombre.

—Sí. Jamás hallarán su cuerpo.

—Sin embargo, vive. Y nosotros le reservamos un destino mucho mejor. Es posible que algún día esa chiquilla venga a relevarnos, Elmer.

—Puede ser… ¡o puede que muera en Nkra!

—No debemos preocuparnos de eso, querido. Ven. Vamos a preparar las cajas. El camión llegará de un momento a otro.

Avanzaron por un pasillo y descendieron una escalera que les llevó a un suntuoso vestíbulo. Tanto la decoración como los muebles de la casa denotaban un gusto exquisito. Todo era de precio valioso, lo que revelaba la posición de aquella extraña pareja, ¡la misma que pocos días antes secuestrara a Dick Herlin, cerca de Worthing!

En el sótano de la casa, al que llegaron por una escalera de cemento, había muchos objetos, como muebles, envases vacíos, herramientas de jardinería, una máquina segadora, mangueras, rastrillos, palas, etcétera.

En un rincón se veían apiladas una docena de cajas, en las que se leía: *Herramientas y maquinaria* - Nueva York - Chicago. Todas llevaban un número distinto, pintado en negro por las cuatro caras.

El hombre tomó una de las cajas y levantó la tapa, con ayuda de una palanca. Lo sorprendente del interior era que estaba acolchado totalmente y tenía unas correas de cuero con hebillas. También contenía

una especie de cavidad para adaptar a ella la cabeza.

—Ésta es la número 207-H, Maggy. Enviaremos primero a Dicky.

—¿Por qué no llevamos también a la niña?

—¿Estará en condiciones?

—Peter la examinó. No tiene ni un rasguño.

—Bueno, como quieras. Ayúdame a subir las cajas.

La mujer ayudó al hombre y subieron juntos la escalera, llevando la caja. Se dirigieron con ella a una habitación, cuya puerta estaba cerrada con llave. El hombre abrió la puerta y encendió la luz. Dentro, sobre un lecho, yacía Dick Herlin, cubierto sólo con un taparrabos rojo.

El niño parecía dormido.

—Tengo la impresión que este chico puede ser el día de mañana un personaje importante —comentó la mujer.

—¿Por qué no Presidente de los Estados Unidos? Él no puede comprender aún el señalado favor que le hacemos. El hombre, mientras hablaba, levantó el ligero cuerpo de Dick y lo depositó con cuidado dentro de la caja acolchada.

Luego procedieron a sujetar las correas en tomo al pequeño cuerpo desnudo del niño, así como a las piernas y cuello.

—Cerraremos la tapa cuando vengan Sam y Ellis —dijo la mujer.

Regresaron al sótano y volvieron a subir con otra caja, repitiendo la misma operación con Diane Mar-

shall, que ahora estaba completamente dormida.

Aquella misma noche, una furgoneta llegó a la casa. Dos hombres vestidos con monos blancos salieron del vehículo y entraron en la casa. Poco después eran cargadas las dos cajas en el vehículo.

El extraño matrimonio, compuesto por Maggy y Elmer, se despidió de los hombres del mono blanco. Minutos después, la furgoneta se alejaba en la noche.

Durante dos horas, los dos hombres de la furgoneta apenas si hablaron entre sí. Uno conducía y el otro fumaba en silencio, a su lado. El tráfico no era muy intenso a tales horas.

En un cruce, el conductor abandonó la carretera principal y luego se metió por un camino de tierra, á marcha más moderada. De vez en cuando, el ayudante del chófer se volvía y contemplaba las dos cajas que iban a la trasera.

—Ya estamos llegando, Ellis.

—Sí, es ahí.

Cruzaron por medio de un bosque. Los faros del coche alumbraron entonces una vieja cerca, ¡detrás de la cual se veía un objeto metálico, brillante, y que despedía una extraña fosforescencia!

Algunos individuos de pequeña estatura, envueltos en extrañas ropas de un color verde metálico, se acercaron al furgón.

Una voz gutural, exótica, tamizada, al parecer por un filtro electrónico, dijo:

—Podéis devolver las cajas. Vamos directamente a Nkra. La Gran Nave ya está cargada.

CAPÍTULO II

El «monstruo» de los ojos enormes y saltones extendió uno de sus brazos tentaculares y señaló al rostro de Dick, haciendo que al chico se le encogiera el corazón de terror.

—No te asustes. Tienes que acostumbrarte a vernos. Sé que no puedes comprenderlo aún, pero tu aspecto me causa a mí la misma repulsión que yo a ti. Somos de distinta raza. Tú eres de la Tierra; yo soy de Nkra. Mi mundo no es como el tuyo.

Dick miró en torno suyo. La estancia tenía forma de hexagonal. Las paredes mostraban ranuras. La luz surgía de las ranuras. El conjunto resultaba algo extraordinario, como el hecho de haber abierto los ojos en aquel lugar, ¡y encontrarse con sesenta niños, todos cubiertos únicamente con «slips» rojos!

—Estamos viajando por el espacio —siguió diciendo el «monstruo» de piel terrosa y húmeda, cuyo aspecto recordaba a un sapo gigante, pero de distinta constitución.

Dick no estaba muy versado en zoología. Sin embargo, en su libro de Historia Natural había visto animales marinos de vaga semejanza con el «monstruo» que tenía delante, sentado sobre aquella

especie de caja luminosa.

—Quiero ir con mamá y papá —dijo Dick, a punto de echarse a llorar.

—Lo siento, muchacho. Eso no puede ser. Debes olvidar a tus padres. Nosotros vamos a ser tus instructores. En nuestro mundo, vas a vivir rodeado de muchachos como tú. Aquello es una bonita escuela, con jardines, parques de recreo, aulas…

—¡Mi mamá!

—No tienes madre. Te llamarás Jake Myers —y de los ojos del «monstruo» brotó como un efluvio magnético, visible, que hizo retroceder a Dick.

—Yo no soy Jake… —empezó a decir el muchacho.

—Escucha bien, Jake Myers. Estamos camino de un mundo nuevo. Durante veinte años, serás preparado y adiestrado para tu regreso a la Tierra. De tu capacidad, depende que seas un hombre importante en tu mundo el día de mañana, o un simple esclavo nuestro. De todas formas, jamás podrás librarte de nuestra influencia.

—Sí —musitó Dick, inconscientemente.

—Eso está mejor. Por ser la primera vez, te has portado muy bien. Ahora, regresa al alojamiento.

Dick se volvió como un autómata. «Algo» había penetrado en su mente apoderándose de su voluntad. Le pareció que flotaba al andar sobre las planchas metálicas del suelo, cuando dejó la cámara y, por el pasillo intensamente iluminado, se dirigió a donde estaban sus compañeros.

La puerta se abrió. El guardián blanco, un hombre de casi dos metros de estatura, vestido con un pantalón corto, camisa listada de bolsillos, y provisto de un cinto metálico, del que pendía algo así como la funda de una porra, le estaba esperando.

—¿Le has visto, pequeño?

Dick asintió con la cabeza.

—¿Te has asustado?

El chico asintió, ganándose una caricia en la cabeza.

—No debes temerle. Te acostumbrarás. Anda, pasa.

El guardián blanco hizo un movimiento con la mano derecha, sobre un tablero electrónico, y la puerta contigua se abrió. Al mismo tiempo salió él ruido de la algarabía que formaban los sesenta niños, allí reunidos, muchos de los cuales lloraban lastimosamente.

—¡Silencio! —gritó el guardián desde la puerta—. A ver, tú; acércate.

Señaló a un muchacho de piel negra, cabellos rizados y vientre abultado, que estaba en cuclillas sobre una pequeña litera.

El negrito no se movió. El guardián se acercó a él, lo agarró suavemente del brazo y le obligó a levantarse, mientras decía:

—No debes temer nada. Tus compañeros también han ido a ver al «Amo». ¡Y todos han vuelto!

—Dicen que es… un «monstruo».

El guardián sonrió.

— ¿Y tú qué eres para él? Andando.

Hombre y negrito salieron. La puerta se cerró a su espalda.

Dick se acercó a donde estaba Diane, encogida sobre sí misma, cubriéndose con los brazos su delgado cuerpo.

Los ojos azules de la niña miraban anhelantes a Dick.

—¿Qué… qué has visto, Dicky?

Otros chicos se acercaron al recién regresado.

—¿Verdad que no da miedo, Dicky? —preguntó uno.

Dick tardó unos segundos en responder. Estaba aún como alelado. E ignoraba lo que le había sucedido.

—Es como un pulpo —habló otro—. Pero habla con voz cariñosa. Me dijo que yo me llamaría Jean Le Roux… ¡Vaya un nombre! ¡Mi mamá me llamaba Etienne.

Aquel muchachito moreno hablaba inglés con marcado acento extranjero.

Otros chicos del grupo pronunciaban palabras extranjeras, en otras lenguas. Habría allí unos diez o doce niños que hablaban la lengua inglesa. Los demás eran europeos, asiáticos, incluso sudamericanos.

Y todos se habían agrupado de acuerdo con la lengua que hablaban.

Desde el primer momento, Diane y Dick se hicieron amigos. Habían llegado juntos. Se despertaron casi a la vez. Luego, juntos fueron a reunirse con los

otros pequeños.

—No temas, Diane —habló entonces Dick—. No te harán nada. Te dirán que te llamas de otro modo y que vamos a ir a una escuela muy bonita, situada en otro lugar. Dice que hay muchas distracciones, pero que hemos de olvidar a nuestros padres.

—A mí me dijo que todos somos hermanos, hijos de una gran familia, y que vamos a vivir mucho mejor que en nuestras casas.

Un chiquillo de ojos enrojecidos declaró:

—El «Amo» me dijo que, en la escuela a la que nos van a llevar, nadie nos pegará. Yo tenía en Baton Rouge un maestro que nos golpeaba. Un día, el padre de un amiguito mío le esperó a la salida y le dio una gran paliza. No sé lo que pasó, pero mi amiguito Ralph no volvió más al colegio.

Dick tomó la mano de Diane. No había allí muchas chicas de cabellos largos. Eran unas veinte, pero todas hablaban distinta lengua que Diane y Dick.

El guardián les había dicho que pronto se entenderían todos perfectamente. La diferencia de idioma no representaría una dificultad entre ellos.

—¡Deja ya de lloriquear! —gritó un chico regordete—. Le diré a Benny que te deje sin postre… ¡Hum! Hoy nos darán aquel pastel de fresa tan rico.

Dick era el mayor de todos. Comprendía mejor que nadie cuál era la situación, aunque ignoraba lo que estaba ocurriendo. Se sintió un poco protector.

—Yo cuidaré de ti, Diane. Confía en mí.

* * *

El viaje duró bastante tiempo. Los muchachos vivían en una sala de grandes dimensiones, donde siempre reinaba la misma luz artificial. Un muro se descorría y les mostraba las cabinas de aseo, donde tenían bañeras, agua caliente y fría, jabón, toallas y «slips» rojos de repuesto.

A horas fijas, iban al salón comedor, donde siempre encontraban dispuestas las mesas con el desayuno, la comida o la cena. La minuta cambiaba constantemente. Los alimentos eran sanos, abundantes y apetitosos. Los vasos eran irrompibles.

Siempre les acompañaba Benny, el guardián, un hombre que pretendía ser afable y que sólo una vez utilizó el «vibrador» que llevaba en la funda, para «tranquilizar» a un chico hindú, al que le dio una rabieta.

En otra ocasión, mientras desayunaban, fue a verles el «Amo», quien ahora vestía uno de los trajes de tela metálica, lo que le daba aspecto de un sapo enorme con cabeza grande. Un casco protegía su extraña cabeza.

Benny impuso silencio y luego se volvió hacia el «Amo».

—Perdona a los chicos, Kleggoh. Son muy alborotadores. Pero te respetan.

—Todavía es pronto, Benny. Pero no importa —dijo el «Amo», al pasar por entre las mesas y mirar a los muchachos a través del visor de su casco. Fue a

situarse al fondo del salón, de cuyo suelo había ascendido una plataforma—. Quiero que me escuchéis bien, jóvenes terrestres. Hoy mismo vamos a llegar a Nkra. Allí vais a ver maravillas jamás soñadas por vosotros. Ése será vuestro mundo durante veinte años o para el resto de vuestros días.

»Allí conoceréis modos de vivir a los que no estáis acostumbrados. Sois muy pequeños y podréis aclimataros. Muchos hombres ilustres de vuestro planeta han pasado por las escuelas de Nkra y ahora están en la Tierra, donde gozan de nuestra protección.

»Los seres se han de moldear desde la infancia. Un niño de diez años es difícil ya de manejar. Pero vosotros no habéis cumplido los ocho años. Seréis, pues, la generación de principios del siglo XXI.

»Ya sabéis cuál es vuestro nombre. Cada uno de vosotros olvidará su país, su nombre, su casa y también a sus padres. Dentro de unos años, todo se os habrá olvidado. Luego, iréis creciendo y se os enseñará todo cuanto debáis saber, de acuerdo con vuestras peculiares aptitudes.

«Como en vuestro mundo, los más despiertos e inteligentes alcanzarán puestos más elevados. Ésa ha de ser vuestra meta. Dedicación y obediencia. Llegará un día en que sabréis a qué obedece todo lo que os ha sucedido.

«Ahora, comed y disponeos a desembarcar de la Gran Nave. El viaje por el espacio está a punto de terminar. Sed bien venidos a Nkra, el Centro del Universo.

Después de irse el «Amo», Diane se inclinó hacia Dick:

—¿Ahora nos separarán, Jake?

—No lo sé, Sue Kelsey —contestó Dick Herlin, empleando el nuevo nombre que Benny les había obligado a utilizar.

Todos los niños habían cambiado de nombre. Había sido preciso familiarizarse con él. Ahora, casi todos se llamaban unos a otros por el nombre que el «Amo» les había dado. Parecían como si no pudieran sustraerse al influjo mental o hipnótico de la potente mirada de Kleggoh.

—Yo no quiero separarme de ti, Jake Myers.

El chico sonrió y dijo en tono tranquilizador:

—No nos separaremos, Sue. Ya lo verás.

Cuando volvieron al dormitorio, sobre cada lecho había un paquete de tela blanca, en el que aparecía escrito el nuevo nombre de cada chiquillo. Como todos sabían leer en su propio idioma, pudieron localizar sus respectivos paquetes.

Una vez abiertos, encontraron ropas extrañas y objetos de aseo.

Benny les explicó:

—Esos vestidos debéis llevarlos de ahora en adelante. Nkra es un mundo distinto al nuestro, pero en la escuela a la que vais destinados, el clima artificial es semejante al de la Tierra. Veréis que, bajo una enorme cúpula transparente, existen casas, árboles, flores, animalitos pacíficos, con los que podréis jugar. Allí encontraréis invierno, verano, primavera y

otoño. Ahora, en la escuela es verano. Por eso os pondréis esas ropas ligeras. Luego, os darán otras. Los cepillos de dientes y para las uñas no debéis cambiarlos. Tenéis también jabón, toallas y peines. Procurad no perder nada.

Benny repitió las mismas palabras en español, francés, ruso y alemán, lenguas éstas que se habían hecho casi familiares para los otros niños que hablaban idiomas distintos.

Después de vestirse, todos exactamente igual, recogieron sus envoltorios, que eran como bolsas de una tela muy sutil y resistente, y esperaron, sonrientes algunos, temerosos otros.

Y, por fin, llegó el momento. La puerta silenciosa que daba al pasillo se abrió. Avanzaron en fila de dos, a una indicación de Benny, y fueron hacia una plataforma circular, en la que se agruparon.

Todos parecían contener el aliento, mirando sobrecogidos en torno suyo.

Y, de pronto, el suelo empezó a descender.

Diane Marshall apretó fuertemente la mano de su joven amigo.

—No temas —musitó Dick.

Pronto vieron que estaban dentro de un gran tubo de cristal, o algo transparente, y que descendían hacia un suelo metálico, de color gris brillante. Sobre ellos, como formando parte del terreno, había un gran objeto cilíndrico, a modo de paraguas.

Y a su alrededor vieron otros objetos, también metálicos, inmóviles en tierra. Vieron también seres

horripilantes, como el «Amo», cuando iba sin su traje verde. Aquellos «amos» se sustentaban sobre tres de sus tentáculos. Los otros cinco los tenían ahora inmóviles.

Sus grandes y horrendos ojos miraban hacia el ascensor transparente por el que descendían los niños llegados de la Tierra.

Cuando la plataforma se detuvo, un objeto silencioso y enorme, como una concha marina invertida, se acercó, surgiendo de uno de sus lados algo parecido a un túnel, también transparente, que fue a adherirse al muro de cristal del ascensor. Entonces, se abrió una compuerta, que ningún niño había visto, y Benny ordenó:

—Pasad en orden al plano volante. Id sentándoos.

Los chicos, impresionados por lo que veían, pasaron por el «túnel» y se encontraron en el interior de una especie de avión, con asientos y ventanillas ante sus ojos, compuestas por pantallas ajustables.

Benny les explicó después que, por medio de aquellas pantallas, a modo de anteojos de gran amplitud, podrían ver las ciudades de Nkra, cuando sobrevolaran el planeta.

—Estas pantallas se ajustan por medio de las palancas que hay a la derecha. Podéis ver las cosas como a través de lentes de aumento.

Efectivamente, Dick accionó poco después la palanca de su pantalla, pudiendo admirar el dilatado paisaje que se extendía bajo el aparato en vuelo.

—Es enorme ciudad que veis debajo de nosotros

es Ulken, la capital de Nkra —explicó Benny, en varias lenguas—. Ahí viven seiscientos millones de habitantes.

Dick, sentado junto a Diane, vio impresionantes edificios de arquitectura revolucionaria. Admiró torres que parecían desafiar las leyes de la gravedad, y que estaban rodeadas de cintas espirales, por las que transitaban enjambres de seres y de vehículos.

Vio también un cielo surcado por miles de pequeños aparatos voladores, que a modo de pájaros metálicos, de múltiples colores, se posaban y despegaban de todos los puntos de la enorme megápolis.

Contempló también anchas avenidas llenas de extraños vehículos en marcha. Vio luces, destellos, anuncios, avisos, indicadores. Y nada de cuanto se ofrecía ante sus ojos se parecía a lo que él había visto antes en Worthing, en Washington o en Nueva York.

Ulken era una extraordinaria e increíble ciudad del futuro, como ni siquiera la había visto él en las mejores películas de ciencia-ficción.

Luego admiró las pistas magnéticas, donde raudos vehículos desafiaban los principios de la aerodinámica, lanzados a velocidades supersónicas sobre brillantes raíles.

Vio canales, grandes conducciones metálicas, prados perfectamente simétricos y lisos como el papel. En todo lo que abarcaba la vista, no sé distinguía una montaña, ni siquiera una nube. Pero se veían grandes extensiones de árboles cuajados de frutos.

También vieron otras ciudades más simétricas, en

las confluencias de las grandes vías de comunicación. Benny fue enumerando cada una de ellas, cuando las sobrevolaban.

—Utkir, Sarman, Roth, Kalira, Trec, Gorman… En Nkra hay más de diez mil grandes poblaciones. Es un mundo superpoblado… Y aquellas comunidades que veis allí, bajo las cúpulas transparentes, hacia donde nos dirigimos, son las escuelas. La nuestra es la más azul, como el planeta donde nacimos.

En una dilatada superficie lisa, Dick vio más de doscientas grandes cúpulas, a modo de hongos brillantes, bajo las cuales se distinguían edificios y vegetaciones de distinta índole. Incluso creyó ver montículos, no muy elevados, y hasta lagos y ríos.

Cada cúpula venía a ser, por término medio, como una gran ciudad de la Tierra, aunque él no podía juzgar ni comparar. De todas aquellas magnitudes formaría más tarde una opinión equilibrada y justa.

El aparato volador en el que navegaban se posó junto a una de aquellas grandes cúpulas. Cuando los pequeños abandonaron el interior de la nave, salieron a otro túnel, que comunicaba con la entrada a la cúpula, y entonces pudieron ver a muchas personas, de distintas edades que, con atuendos semejantes a los de cualquier ciudad de la Tierra, enarbolaban pequeñas banderitas de casi todas las naciones del mundo.

Nada más salir a la plataforma de recibimiento, todos aquellos seres rodearon a los niños, les abrazaron y les dieron golosinas.

—Bien venidos a Mundo, pequeños —era la exclamación general.

De vez en cuando, alguien preguntaba en casi todas las lenguas de la Tierra.

—¿Hay alguno de Rumania?

—¿Eres portugués?

—¿De dónde vienes, pequeño?

Dick no soltaba de la mano a Diane, envuelto en aquella tremenda confusión de lenguas y saludos. Todas aquellas personas se parecían extraordinariamente a las gentes que habían dejado en los Estados Unidos. Sin embargo, el alto techo transparente de la cúpula que les protegía a todos revelaba que se encontraban en un mundo totalmente distinto, aunque se hubiese imitado, en todos los aspectos, el ambiente natural del planeta del que todos procedían.

—Hemos llegado a un nuevo mundo, Sue. Creo que vamos a vivir aquí siempre.

Diane se echó a llorar.

Una mujer elegante, que llevaba una banderita norteamericana, les oyó hablar y se acercó a ellos, sonriente:

—Soy Evelyn Grearson. ¿Venís de los Estados Unidos?

CAPÍTULO III

La mansión era confortable y lujosa. Tenía los suelos cubiertos de alfombras y amueblada con lujo y comodidad. Se veían bellos cuadros, jarrones de flores, peceras de pececillos polícromos, y disponía de una terraza y de una bonita piscina.

Evelyn Grearson les mostró toda la casa.

—¿Os gusta? —les preguntaba cada vez que visitaban una habitación.

—Sí, mucho —respondían Dick o Diane, invariablemente—. Es muy bonita.

—Si os gusta, podéis venir a pasar aquí los fines de semana. Soy profesora de economía, en la Universidad Central. Yo no volveré jamás a los Estados Unidos, pero vosotros podréis hacerlo algún día.

—¿Y podré ver a mamá?

El hermoso semblante de Evelyn Grearson se ensombreció antes de responder:

—No, queridos; me temo que nunca volveréis a vuestros padres. El destino lo ha querido así. Sin embargo, no es malo el venir aquí. Se os preparará para servir a los «Amos». Ellos son los que mandan. Si vuestra capacidad y aptitud es adecuada, seréis seleccionados para regresar a la Tierra cuando seáis

mayores. Allí debéis cumplir una misión importante. Pero no quedará nada de los recuerdos de vuestra infancia.

—¿Vino usted aquí de pequeña, como Sue? —preguntó Dick.

—Sí, muchacho. Yo era como Sue —contestó Evelyn, con expresión nostálgica—. Aún creo recordar el día. Hace de ello más de veinte años. Fui acogida por un matrimonio inglés. Aquí nadie puede educar a nadie, porque la educación es colectiva. Ya lo veréis. Tendréis que ir a la escuela, vivir y dormir allí, pero se os dejará visitar a los amigos. ¿Queréis ser amigos míos?

—Sí. Se parece usted mucho a mamá.

—¡Oh, Sue, pobrecita! Tu mamá debe estar sufriendo horriblemente. ¿La querías mucho? —Evelyn Grearson abrazó a la pequeña Diane, con ternura—. ¿Cuál es tu verdadero nombre?

—Diane Mar…

—¡Debes olvidarlo pronto o te castigarán! —replicó Evelyn, frunciendo el ceño—. Se enteran de todo lo que hacemos. Nos están vigilando siempre.

—Yo quiero seguir llamándome Dicky — habló Dick.

—¡No puedes hacerlo, Jake! Eso está prohibido. Venid, os daré algo de comer. Esta noche podréis quedaron aquí, a ver la televisión. ¿O preferís ir al circo? Tenemos un circo estupendo. Mañana os acompañaré a la escuela primaria.

—Yo no quiero ir a la escuela —dijo Dick, en tono

desafiante.

La mujer le dirigió una mirada severa.

—Tienes que ir, Jake. Todos los niños que llegan de la Tierra deben ir a la escuela. Si te rebelas, serás castigado. Y yo no quiero que te castiguen. ¿No os han dado instrucciones en la Gran Nave?

—Sí. Y el «monstruo» nos miró con sus ojos luminosos, cambiándonos los nombres. Es un animal muy feo.

—Los «Amos» no son feos, Jake. Son distintos a nosotros. Pero son muy inteligentes. Su cerebro es más poderoso que el nuestro. No se les puede engañar nunca. No les habrás dicho alguna mentira, ¿verdad?

—No, señorita Grearson.

La mujer los llevó a la cocina, donde les invitó a sentarse en una mesa.

—¿Os gusta el pastel de pollo? Tengo un hermoso pastel que os encantará… Y leche con miel… ¡Ah, los pasteles! Creo que es un buen momento para comer. ¿Queréis que meriende con vosotros?

Evelyn Grearson se colocó un lindo delantal y pronto les sirvió la merienda.

—¿Qué os parece, pequeños?

Dick sonrió ampliamente, con los labios untados de mermelada de grosella.

—Está muy buena. ¡Ah, si lo viera Jean Le Roux! Le gustan mucho las golosinas. Jake le daba parte de las suyas.

—Jake parece ser un chico muy bueno. ¿Qué edad

tiene, Jake?

—Siete años —mintió Dick.

—Estás muy crecido.

En alguna zona de la mente del muchacho, las palabras de Evelyn Grearson se encontraron con las pronunciadas por una mujer afable, de rostro bondadoso, junto a la carretera de Worthing. ¡Y tuvo la sensación de estar hablando con la misma mujer, o con dos seres exactamente iguales!

* * *

En las semanas y meses que siguieron, Jake Myers —como ahora se llamaba Dick Herlin—, pudo comprobar que las personas residentes en Mundo eran tipos anodinos e insignificantes.

Lo había observado en Benny, el guardián blanco de la Gran Nave. Se cercioró en Evelyn Grearson, cuya mentalidad subyugada por los «Amos» la convertía en una mujer insignificante, medrosa, conformista.

También era así Paul Stuart, el profesor de la escuela primaria, a quien conoció el primer día de su llegada a la institución docente.

No se trataba de una escuela como la que él había frecuentado en Worthing. La de Mundo era extraordinaria, moderna, amplia, bien iluminada y hasta divertida.

Paul Stuart les acogió a todos como un padre. Ha-

bló con ellos de uno en uno, sentándoselos en sus rodillas y ofreciéndoles caramelos y golosinas.

Y por él supo Jake cuál habría de ser su destino.

—Nosotros estamos aquí para hacer un bien a la Humanidad, Jake. Los «nkranos» son amigos nuestros. Nos quieren y desean que nuestro mundo esté regido por hombres y mujeres inteligentes. Por eso os han traído aquí, lejos de la blanda e ineficaz influencia de vuestras madres.

»Se os enseñará de todo y se os preparará para que regreséis a la Tierra. Hay siempre varios miles de hombres y mujeres allí que dirigen los destinos de nuestro planeta.

Al principio, Jake no comprendió bien aquellas revelaciones. Más adelante, empero, se dio cuenta de todo. Y hasta, en una ocasión, mientras sus compañeros jugaban con máquinas de diversión y deporte, él se quedó a conversar con su mentor.

—¿No vas a jugar con Sue o Jean, Jake? —preguntó el profesor.

—Quería hablar con usted, señor Stuart —dijo el muchacho, muy seriamente.

—Eso está muy bien, Jake. Cualquier duda que tengas debes consultármela. Yo estoy aquí para educarte.

—Se trata de algo que me preocupa, señor Stuart. Usted dice que, cuando seamos mayores, volveremos a nuestro planeta.

—Eso depende de tus merecimientos. Cuando hayas estudiado mucho, los «Amos» te someterán a un

período de prueba. No todos son aptos para volver. ¿Y eso qué importa? Aquí también se puede ser útil a nuestra raza.

«Escucha, Jake. Los «Amos» son una raza poderosa que se ha extendido por infinidad de mundos. Ellos saben que es malo invadir un planeta y someter por la fuerza a sus habitantes. No lo hacen así porque no les conviene, aunque disponen de fuerza suficiente para conseguirlo.

»Lo que hacen es traer seres de esos planetas, aclimatarlos aquí, educarlos a su modo, y luego devolverlos a su mundo de origen, para que dirijan a sus coterráneos. Como todo ser educado aquí, debe fidelidad a los «Amos»; así resulta que los planetas, sin ser invadidos, están bajo el control de los «Amos».

—No acabo de comprenderlo bien. ¿Viven los «Amos» en nuestro mundo?

—No. Van y vienen con frecuencia, pero no se dejan ver nada más que por los que son como nosotros, los que han sido educados aquí. Ten presente que los «Amos» hace muchos siglos que visitan nuestro planeta.

«Esta ciudad donde vivimos fue construida hace más de cinco siglos. Siempre se está modificando, de acuerdo con las costumbres de la Tierra. Es como si fuésemos parte de la propia civilización. De suerte que, cuando regresemos allí, nos adaptemos perfectamente a nuestra propia época. Naturalmente, nosotros siempre vamos por delante, porque los «Amos» saben que los mejores son los que gobiernan y man-

dan.

—¿Quiere decir eso que un niño de Mundo está mejor educado que un niño de la Tierra?

—Muchísimo más. Ése es el objetivo, Jake. Me alegro que lo comprendas. Si los «Amos» te eligen para regresar a la Tierra, dentro de veinte años, serás un hombre muy bien preparado, no te quepa duda. Tu inteligencia y conocimientos serán superiores a los normales de los seres que siempre han vivido allí.

»Por esa razón, si los «Amos» te ordenan dedicarte a la ciencia, serás un científico notable, muy superior a los restantes científicos que no han salido de la Tierra.

»Si, por ejemplo, te ordenan dedicarte a la política, puedes llegar a ser Presidente de alguna nación importante o confederación de naciones. Los «Amos» te apoyarán con todos los medios de que disponen para que alcances el destino que ellos te asignen.

—¿Y qué dicen los otros seres de la Tierra a esto?

—No dicen nada, Jake —respondió Paul Stuart, sonriendo—. Ellos no lo saben.

—¿No saben que hemos venido aquí para ser mejores?

—No, no lo saben. Si lo supieran, podrían suceder cosas muy graves. Pero no pueden saberlo. Nosotros somos como ellos.

—No. Usted mismo ha dicho que somos mejores.

El educador sonrió.

—Sí, y nos hemos de guardar muy bien de decirlo. Si llega el caso de tener que regresar, los «Amos» ya

te darán instrucciones. Yo no sé exactamente por qué, ni cómo, pero es así. Además, los que parten de aquí, ya no vuelven jamás a Mundo.

—¿Es que no quieren los «Amos» que regresen?

—Es que su destino está en la Tierra. Allí viven y mueren, entre nuestros semejantes, a los que han ayudado a vivir mejor.

—¿Y no se podría vivir mejor sin ayuda de los «Amos»? —quiso saber Jake—. ¿Por qué han de ser nuestros «amos»?

Paul Stuart se dijo que debía informar al Control de Educación acerca de aquel extraño chico.

—Yo quiero volver algún día a la Tierra, señor Stuart —continuó diciendo el muchacho.

—Pues si lo deseas, lo mejor que puedes hacer es aprovechar el tiempo y estudiar con aprovechamiento. Ten presente que ellos se fijan mucho en todo lo que se hace aquí. Y de tu docilidad y obediencia depende que puedas volver.

»Ahora, vete a jugar con tus compañeros. Debo preparar la próxima lección.

Jake se retiró, y Paul Stuart hizo un informe especial acerca del chico, informe que envió al Comité de Control de Educación Terrestre, situado en el Departamento de Coordinación Exterior de Ulken.

Y el nombre de Jake Myers quedó registrado allí con una señal especial.

* * *

Las semanas y los meses se convirtieron en años. Los niños de la expedición de la que formaba parte Jake Myers se fueron transformando en adultos.

Llegaron otras expediciones que ocuparon las aulas infantiles. Unas veces eran treinta, otras llegaban hasta cien. Jamás pasaban de dicha cifra.

Jake había visto llegar muchas de aquellas expediciones, preguntándose siempre de dónde venían y qué padres habían perdido a sus hijos. Todo aquel trasiego de niños representaba dolor para los niños y para sus padres. ¿Qué ocurría, pues? ¿Es que las autoridades de la Tierra no se daban cuenta del continuo y constante secuestro de seres inocentes?

Claro que ahora sabía muchas más cosas. Sabía, por ejemplo, que la humanidad terrestre estaba compuesta de casi diez mil millones de seres. Sabía que unos pocos miles eran «terronkranos», o sea, terrícolas educados en Nkra. Sabía también que éstos ocupaban altos cargos en la Administración, la política y la Jurisprudencia de casi todos los países del mundo. Y sabía que, entre tantos millones de seres humanos, unas docenas de niños al año apenas se notaban.

Supo también, gracias a su propio criterio y su acentuado sentido de la observación, que en Mundo se preparaban auténticos esclavos técnicos, a los que los «nkranos» utilizaban magistralmente para sus propios fines e intereses, como una nación cualquiera de la Tierra preparaba agentes especiales que se infiltraban en países enemigos, a fin de controlar e informar de adelantos y cambios estratégicos.

«Nosotros somos instrumentos ciegos, a las órde-

nes de los «Amos» —escribió Jake en una ocasión, mientras estudiaba en la Universidad Central, a los dieciséis años de edad—, destinados a regresar a la Tierra y allí servirles incondicionalmente.

«Pero ¿cómo, nosotros, hijos de una raza distinta a la de ellos, aceptamos sumisamente el vasallaje? ¿Qué fuerza oculta y poderosa nos hace renunciar a nuestro propio desarrollo y verdad, colaborando a que esta infamante esclavitud jamás se conozca? ¿Por qué los seres educados aquí y que han vuelto a la Tierra no han revelado la verdad a nuestros semejantes?

Jake se cuidó muy bien de destruir estas reflexiones. Sabía ya que los «Amos» ejercían un severo control sobre todos los alumnos, estudiando en ellos hasta los más mínimos detalles.

Los «Amos» rara vez iban a Mundo. No les agradaba la atmósfera de la Tierra, creada artificialmente para sus «huéspedes». Sin embargo, desde el Departamento de Coordinación Exterior, Sección Educativa, controlaban minuciosamente a todos los educandos. Y ni siquiera pasaban por alto un comentario sospechoso, una revelación íntima, una reflexión, y mucho menos los «tests» o exámenes a que periódicamente sometían a todos los alumnos.

Sin embargo, Jake Myers, había aprendido mucho en los años que llevaba allí. Y no sólo aprendió a ser astuto y sagaz, sino que ni siquiera confió en su más íntima amiga, Sue Kelsey —antes llamada Diane Marshall— las dudas y recelos de su mente.

La vida en Mundo, durante aquellos años, transcu-

rrió plácidamente, por otra parte. Frecuentemente, tanto Jake como Diane visitaban a la señorita Grearson, quien iba envejeciendo lentamente, a la que consideraba como de la «familia».

Un amigo íntimo de Jake, Boris Rybalkin, dé origen ruso, había entrado también en el círculo de relaciones de Jake. Se trataba de un chico que llegó allí en la misma expedición que él, aunque al principio no se trataban a causa de las diferencias de idioma, con el transcurso del tiempo, cuando ya ambos hablaban varias lenguas, se hicieron muy amigos.

Luego, al ingresar en la Universidad, fueron destinados juntos a la misma habitación. Y Boris Rybalkin se fue convirtiendo en el confidente de Jake.

Pero ni siquiera a éste confió jamás Jake sus dudas, aunque, en una noche de insomnio, se hicieron confidencias íntimas.

—¿Qué te gustaría ser, Jake?

—¿Ser? ¿A qué te refieres?

—Sí, ser el día de mañana.

—Cualquier cosa. Mi mayor deseo es volver a la Tierra.

—El mío también. Y te diré algo, Jake. He observado que todos los estudiosos se quedan aquí, en Mundo, como profesores. No conviene, pues, ser muy estudioso, si quieres regresar a nuestro mundo.

Jake se incorporó en el lecho al oír aquello.

—Yo creí que, al celebrarse los exámenes, los más inteligentes eran los favoritos para el regreso.

—Pues no lo creas. El profesor Zorka me ha

confiado un secreto. En los muchos años que lleva aquí enseñando, ha observado que los alumnos más capacitados se quedan aquí, para educar a los que llegan.

—Creo que cada uno dice una cosa distinta. La verdad sólo la saben los de Ulken, Boris.

—El profesor Zorka lleva aquí cincuenta y seis años.

—¿Está casado?

—Sí. Y uno de sus hijos ha sido enviado a la Tierra. Está muy triste y apenado. Él enseñó mucho a su hijo, para que fuese un sabio doctor. Pero su hijo fue elegido para volver. Era un genio en matemáticas.

—Puede que en la Tierra hagan falta expertos en esa ciencia. Eso destruye tu teoría, Boris. Si tanto sabía el hijo de Zorka, debió quedarse aquí.

—El padre sabe más, Jake. Y te diré otra cosa. El profesor Zorka me contó que uno de los «Amos» vino a verle a la Universidad. Se encerraron en su despacho y hablaron largamente de Piotr Zorka.

—¿Se llama Piotr el hijo del profesor? —preguntó Jake.

—Sí. ¿Sabes lo que le dijo el «Amo»?

—¿Qué?

—Pues que Piotr estaba en la Universidad de Moscú, como catedrático, y que había sido condecorado por los jefes del Kremlin, por sus relevantes méritos… ¡Y hasta le han dado el premio Nobel de Física!

—¡No!—'exclamó Jake—. No hay ningún premio Nobel de Física con ese nombre. Lo sé muy bien. Esa es la lección que hemos de dar la semana próxima.

—Bueno, puede que el profesor esté equivocado… ¿O quiso decir que los «Amos» le iban a dar el premio próximamente?

—¿Supones que los «Amos» pueden conseguir eso? —preguntó Jake.

—¡Oh, qué tonto eres, Jake! ¿Quién crees que manda en la Unión Soviética? ¡Nosotros! Los «Amos» han logrado que todos los que vuelven ocupan puestos importantes en la Tierra. Así es como se gobierna aquel mundo desde aquí. Y lo mismo hacen con los otros mundos. Los «xagaros» están controlados por «xagaros» educados aquí, en Nkra. ¿No has visto cómo viven, desde el Observatorio Astronómico?

Jake había ido varias veces a la cúpula del Observatorio Astronómico, cuyo telescopio empleaban los alumnos para «espiar» lo que ocurría en las «urbes» próximas. Incluso podían observar a los «nkranos» de Gorman, la población más próxima a Mundo.

Y conocían a los «hombres-reptiles» de Aarkon, seres que permanecían casi siempre sumergidos en el agua. Seres inteligentes, desde luego, puesto que de no ser así los «nkranos» no les habrían destinado una ciudad educacional, como a ellos.

—Tú podrías ser un alto jefe de la Administración norteamericana, Jake Myers —continuó diciendo Boris Rybalkin—. Presidente de los Estados Unidos,

por ejemplo… ¡Y yo podría ser Secretario General del Partido Comunista de la U.R.S.S.!

CAPÍTULO IV

Sue Kelsey se había convertido en una muchacha esbelta, fascinadora y sugestiva, capaz de llamar la atención por dondequiera que pasaba. Su cabello rubio se había bronceado bajo los rayos solares artificiales de Mundo, y su piel, ligeramente tostada, daba a su cutis una belleza satinada y jugosa, como la piel del melocotón.

Alta, de caderas cimbreantes, habría sido catalogada como «vamp» en cualquier comunidad terrestre. Allí, en Mundo, sólo despertaba admiración. En verdad, la sexualidad era relativa en la colonia «terronkrana». Los jóvenes estaban educados rígidamente y los mayores se dedicaban al estudio o la enseñanza.

Existían amoríos, naturalmente. Pero sólo tenían hijos los matrimonios definitivamente instalados allí. Era como una consigna secreta de no dar hijos a los «Amos», porque sabían todos que los «nkranos» disponían de ellos como si hubiesen sido secuestrados por sus agentes en la Tierra.

Sue, pese a todo, despertaba admiración entre los alumnos. Y en una ocasión, Jake tuvo que pelearse con un condiscípulo que intentó besar a su amiga. Los profesores intervinieron y el díscolo «mujeriego»

fue severamente amonestado.

Hablando del incidente, en casa de Evelyn Grearson, Sue dijo, intencionadamente:

—Si, al menos, hubieras sido tú mi enamorado, Jake.

El joven se sonrojó y repuso:

—Si nos quedamos aquí definitivamente, te pediré que te cases conmigo, Sue. Ahora, no. Por eso pegué a Sánchez.

—¡Oh, Jake! ¿Me quieres?

—¡Claro que te quiere! —intervino Evelyn—. ¿Es que hasta ahora no te has dado cuenta, Sue?

—Pues… Yo, no… Creí que Jake me quería como amigo.

—La amistad entre vosotros tiene raíces muy profundas, Sue. Lo comprendí el día en que os conocí. Jake siempre ha sido tu protector. Y lo seguirá siendo en el futuro.

—Me siento muy confortada —replicó la hermosa muchacha—. Sé que Jake es bueno y valiente.

—Pero le preocupa el porvenir. No debéis olvidar que nadie es libre aquí. Puede que os separen.

—Me moriré cuando llegue ese día.

—No será fácil que, si os envían a la Tierra, vayáis juntos a ocupar el mismo puesto.

—Si nos envían a la Tierra, nos encontraremos —prometió Jake.

—Si eso conviene a los intereses del D. C. E. —dijo Evelyn secamente—. No os hagáis ilusiones. Ya

también tuve un amigo, del que nunca os he hablado.

En una ocasión sostuvimos una conversación semejante a ésta. Pero él se fue y yo me quedé.

—¡Oh, Evelyn, cuánto lo siento! —exclamó Sue, abrazando a la que consideraba ya como una verdadera madre—. ¿Y por eso no te has casado?

—Johnny ocupa un alto cargo financiero en Wall Street —musitó Evelyn—. Él tampoco se ha casado.

—¿Cómo se llama? —preguntó Jake.

—Es el señor John Harrison.

—¡Oh! —exclamaron Jake y Sue a un tiempo.

En Mundo se vivía al día. Las noticias más importantes de la vida diaria en la Tierra llegaban continuamente. Era preciso estar bien informado. Lo que no era posible hacer —porque los «Amos» habían tomado medidas excepcionales— era comunicar a la Tierra lo que ocurría en Nkra. De haber sido posible, los estudiantes de Física lo habrían hecho.

—¡Es archimillonario! —añadió Sue.

—Efectivamente. Johnny es un ejemplo del poder de los «Amos» en la Tierra. Si se lo ordenan, llevaría a la bancarrota al pueblo norteamericano.

—¿Y si tanto poder tie… tenemos —rectificó rápidamente Jake—, por qué no se termina con la guerra de Manchuria?

—Parece mentira que hayas estudiado economía conmigo, Jake —replicó la catedrático—. El general Shapley fue compañero mío de estudios. Él manda las fuerzas expedicionarias occidentales. Y el

mariscal Yegorov también estuvo aquí antes de llegar yo. ¿Cómo concibes que dos de los nuestros dirijan los ejércitos en pugna?

—Eso es lo que no entiendo.

—¡Porque a los «Amos» les conviene esa guerra!

Y en economía se llama «desgaste útil» todo lo que contribuye a dominar una situación de saturación.

—¿Les conviene a los «Amos» que millones de seres humanos perezcan en Manchuria bajo los efectos de las armas bacteriológicas, radiactivas y convencionales? ¿Por qué?

—Eso pregúntaselo al Gran Garka —respondió Evelyn, muy seria—. Y como sigas pensando así, mucho me temo que conocerás a los miembros del Tribunal Correccional.

* * *

Jake conocía la existencia del temible Tribunal Correccional. Incluso hubo condiscípulos suyos que fueron llevados ante tan tenebroso Círculo, y de los que no se volvió a saber nunca más.

Tal fue el caso de Max Laiker, un negrito antillano, que llegó con Jake en la Gran Nave. No se sabía exactamente lo que hizo. Se decía que, durante una visita de los «Amos», formuló un pensamiento odioso hacia ellos y alguno le «leyó» la mente.

Dos agentes «nkranos» detuvieron a Laiker horas después y se lo llevaron fuera de Mundo. Jamás vol-

vieron a saber nada del antillano.

Se dieron otros casos. Uno de ellos, el de un joven de origen sudamericano, fue muy comentado. Se ocultó en la despensa de un restaurante público y lo estuvieron buscando durante varias semanas. Intervinieron los agentes «nkranos» y lo descubrieron, Pero el chico escapó de los agentes y trepó hasta una torre elevada, desde donde gritó que, si no le devolvían con sus padres, en la Tierra, se arrojaría al vacío.

No se arrojó y los agentes le detuvieron. Fue conducido ante el temible «Círculo» del Tribunal Correccional. Algunas semanas después, el brasileño regresó con huellas de haber recibido un terrible castigo. Pero ya no volvió a esconderse más, y desde entonces fue un alumno aprovechado y dócil, aunque sumamente misántropo.

Esto era todo lo que sabía Jake Myers del Tribunal Correccional.

Y, sin embargo, pronto habría de saber mucho más.

El hecho ocurrió un día, poco antes del final de carrera. Eran días de inquietud y desazón entre los alumnos de la promoción de Jake y Sue. Dentro de una semana como máximo, conocerían sus destinos. El curso casi había concluido para ellos, aunque otras generaciones o grupos continuaban estudiando.

Aquel día, Jake se proponía ir al alojamiento de Sue. Quería hablar con ella de algo sumamente importante, referente al porvenir de ambos. Y deseaba saber la verdadera opinión de ella.

Sin embargo, cuando se disponía a salir, la puerta se abrió bruscamente y aparecieron dos hombrecillos vestidos de verde.

—¿Quién es Jake Myers? —preguntó uno de ellos.

Boris Rybalkin señaló al asustado Jake.

—Él —dijo, apenas sin voz.

Aquellos dos «nkranos» eran agentes del Tribunal Correccional.

—Acompáñanos.

—¿Yo? Pero… ¿qué he hecho?

—No hagas preguntas y síguenos.

Pálido como un muerto, Jake obedeció. Siguió a los dos agentes por los amplios pasillos de la Universidad, hacia el exterior, donde aguardaba un vehículo.

Cuando subía al aparato, la voz de Sue llegó hasta él, desde la terraza inferior de la Universidad, gritándole:

—¡Jake, mi vida! ¿Qué ocurre?

Jake se volvió y alzó la cabeza.

—No lo sé, Sue. Pero, pase lo que pase, siempre te recordaré.

—¡Vamos, déjate de conversación! —indicó uno de los «nkranos», empujando a Jake.

—¡Cuidado conmigo! —advirtió Jake, furioso—. No me dejaré maltratar sin defenderme.

—¿Estás loco? ¿No te han enseñado…? —empezó a decir el otro, mirando a Jake con sus ojos enormes.

Jake no le hizo caso y se volvió de nuevo a Sue.

—Dondequiera que esté, sabrás de mí. Jamás te olvidaré…

—Ni yo tampoco, Jake… ¡Te quiero con toda mi alma!

Varios brazos tentaculares agarraron a Jake y le obligaron a entrar en el vehículo. Uno de los agentes amenazó:

—Informaré de esta actitud irreverente, Jake Myers.

—Bueno, ¿y qué?

Los «nkranos» no contestaron. Pusieron en marcha el vehículo y se dirigieron hacia la salida de la urbe, donde existía un doble control de vigilancia. Uno a cargo de los agentes «nkranos», y otro, confiado a los «domésticos» o guardianes», que eran como una especie de poco eficaz guardia municipal.

El vehículo donde viajaba Jake pasó el doble control. Luego reanudaron la marcha por la pista magnética, ya fuera de la cúpula de Mundo.

Jake sabía que la atmósfera de Nkra era relativamente benigna para ellos, pero que no se podía soportar durante mucho tiempo, debido a las radiaciones cósmicas.

Los «nkranos» tampoco soportaban largo tiempo la atmósfera de la Tierra, y esto era causa principal de separación entre ellos.

Durante el raudo viaje hacia Ulken, la capital de Nkra, Jake repasó mentalmente todo cuanto había dicho o hecho, tratando de averiguar cuál había sido su error o falta., Los agentes del «Círculo» no le ha-

bían ido a buscar por puro capricho.

Sin embargo, cuando llegaron a Ulken, donde Jake no había estado jamás, y admiraba la portentosa ingeniería de la megápoli, uno de los agentes se volvió hacia él y le dijo:

—Eres un poco agresivo, terrícola. Eso no es bueno. Habremos de informar de ti.

—¿Dónde me lleváis?

—Pronto lo sabrás. Pero no se trata del Tribunal Correccional, si eso es lo que temes. La verdad es que debíamos llevarte allí, para que te dieran un escarmiento.

El destino de Jake era el gran edificio dorado del Departamento de Coordinación Exterior (D.C.E.), sede «nkrana» de las relaciones con los mundos habitados y controlados por ellos.

El impresionante vestíbulo era un hervidero de «Amos» de todas las clases sociales. Allí podían verse técnicos de clasificación, navegantes del espacio, especialistas en Antropología, científicos exobiológicos, agentes de relaciones extraplanetarias, coordinadores raciales, y hasta simples subalternos.

El mobiliario y la decoración eran algo fabuloso. Como los «nkranos» diferían notablemente de sus «huéspedes», la funcionalidad de sus máquinas y despachos era distinta a lo que Jake estaba acostumbrado en Mundo. Sin embargo, se notaba en todo una superioridad técnica y una organización extraordinaria.

Empleando ascensores ultrarrápidos, los dos agen-

tes acompañaron a Jake hasta uno de los pisos superiores. Allí les aguardaba un individuo vestido de azul, cuyos ojos saltones examinaron a Jake brevemente.

Dijo algo a los agentes, y luego habló en inglés a Jake:

—Sígueme. Igkaan quiere verte.

A través de una serie de puertas, Jake fue introducido en una sala de forma extraña, donde había algo así como un tablero electrónico en el suelo. Al otro lado, corno sentado en una especie de gran almohadón verde, descansaba un alto jefe «nkrano».

Lo más sorprendente del lugar eran las numerosas pantallas de dibujo octagonal que ocupaban parte de los muros, muchas de las cuales estaban encendidas, y mostraban personajes desconocidos, ¡pero de origen terrestre!

—Acércate, Jake Myers —habló el alto jefe, haciendo un gesto amistoso al joven—. Me alegro de conocerte personalmente. Mi nombre es Igkaan.

Habló algo más, en lengua «nkraniana», y el acompañante de Jake se retiró.

Jake avanzó hacia el tablero del suelo, pero se detuvo a prudente distancia.

Sin ruido, a su espalda, surgió un asiento reclinable. Igkaan le indicó que podía sentarse.

—Tal ve te haya extrañado que los agentes del «Círculo» hayan ido a buscarte a Mundo, ¿verdad?

—Sí, efectivamente. Incluso me he asustado.

—No temas, Jake Myers. Lo hemos hecho así por

razones especiales. Tenemos un interés particular para que todos crean en Mundo que, por una razón u otra, has sido castigado, y tal vez condenado a muerte.

»Pero no se trata de nada de eso, ni mucho menos. He estudiado concienzudamente tu historial y tú eres el hombre que necesitamos para cumplir la misión más importante que nadie haya realizado en tu mundo.

—¿Yo? —exclamó Jake, aturdido y confuso.

—Sí, tú. Resulta, por los estudios que hemos realizado, que tu coeficiente de inteligencia es de 80, lo que significa capacidad total, casi un genio.

—¡Pobre de mí! —exclamó Jake, atónito.

—Nosotros, los «nkranos», poseemos un coeficiente de 100. Pero el común de tus semejantes no pasa de cincuenta. Por lo tanto, pese a que en tu archivo hay notas desfavorables, pequeños actos de rebeldía y desafecto hacia nosotros, cosas ligeras, sin duda, pero significativas, hemos decidido encomendarte una misión muy particular.

—¿De qué se trata?

—Te hemos designado para que organices el primer Consejo Mundial de Naciones o, dicho de otro modo, vas a ser el Primer Presidente del Consejo Mundial.

—Pero… ¿qué es eso?

—Un organismo mundial que, naturalmente, todavía no existe. Pero que existirá dentro de diez años. A partir del momento de tu llegada a la Tierra,

iniciarás lo que ha de ser la gran campaña en pro de un gobierno mundial.

»Vas a ser Jake Myers, el político más grande de todos los tiempos. Algo así como un emperador del mundo, el hombre más importante de la Tierra. Por encima de ti no habrá nadie más, excepto, lógicamente, nosotros. ¿Vas comprendiendo?

—¿Y yo tengo que organizar ese gobierno mundial?

—Sí. Dispondrás de fuerzas secretas inquebrantables. Todo el poder de nuestros agentes en la Tierra estará a tu disposición. El plan ha sido estudiado meticulosamente y necesitábamos el hombre capaz de realizarlo. Joven, inteligente, audaz, valiente, apuesto, tenaz, y…

—¿Y qué más? —preguntó Jake, ante la pausa intencionada del jefe «nkrano».

—Y fiel —terminó Igkaan—. Especialmente fiel a nosotros. Y de eso quiero hablarte particularmente. ¿Ves esas pantallas? Son imágenes que me llegan desde la Tierra. Corresponden a nuestros hombres clave allí. Todos nos son fieles y nos sirven extraordinariamente bien.

«Tenemos doce mil personas trabajando para nosotros en la Tierra. Y solamente esos doscientos están considerados como «Vips» —muy importantes, según vuestra lengua—. Yo controlo a esos ochocientos y lo hago desde aquí. Sé que nuestras órdenes se ejecutan con gran meticulosidad. Dispongo de un mecanismo perfecto de control mediante este tablero que ves

aquí.

»Si el general Shapley recibe órdenes especiales del gobierno de los Estados Unidos, yo me entero inmediatamente. A mi vez, juzgo si es conveniente obedecer las órdenes o no. Nosotros dependemos de los intereses del Gran Garka. Por eso, las verdaderas órdenes que obedece el general Shapley son las nuestras.

—¿Y no puede ir eso contra los intereses del gobierno norteamericano?

Igkaan dejó escapar una risita muy «nkrana».

—Los intereses de los «Amos» son los que cuentan para Jack Shapley. Él lo sabe muy bien. Si no obedeciera una de nuestras órdenes, moriría en pocas horas. Nosotros matamos inexorablemente, Jake Myers; toma buena nota de esto. Un solo acto de infidelidad en el cumplimiento de tu deber es castigado con la muerte. Y puedo asegurarte que nuestros agentes matan sin huellas, ¡de «muerte natural»!

—Capto la advertencia, Igkaan —dijo Jake—. Pero me asombra todo lo que me ha dicho. ¿Voy a ser Presidente del primer gobierno mundial?

—Exactamente. Sin embargo, antes habrás de ganarte el puesto. En tu mundo es preciso luchar. Tú lucharás con todas las probabilidades de éxito a tu favor. Los demás creerán que la suerte te ha seguido y esa «suerte» la dispondremos nosotros.

«Piensa que te ofrecemos todo el poder del dinero, de la influencia, de la prensa y los medios de comunicación. Nosotros representamos en la Tierra el au-

téntico y verdadero poder. Los mayores bancos del mundo son nuestros. Controlamos ciudades importantes, núcleos de trabajo, de investigación, de cultura. Somos los auténticos amos de tu mundo. Y, por tanto, podemos hacer lo que nos convenga.

»Esto, claro está, será hecho de forma aparentemente legal.

»En primer lugar, nuestros agentes iniciarán los preparativos de «unión mundial». Habrá grandes debates en muchos parlamentos y consejos de ministros. Tu nombre empezará a sonar entonces, como consejero que serás pronto del Secretario General de las Naciones Unidas.

»Ése será el punto de partida. Te advierto que el Secretario General es agente nuestro. Pero en medio de la disputa universal, Anthony Saviglia «abdicará», por así decirlo, en su consejero político. Y tú serás elegido candidato. Luego, tras una campaña a escala mundial, en la que te ganarás la confianza de blancos, negros y amarillos, serás elegido Primer Presidente del Consejo Mundial, cargo que ocuparás durante seis años, y que te proporcionará un extraordinario prestigio en tu vida política.

»Después, podrás contraer matrimonio con Sue Kelsey. Entonces tendrás treinta y seis años y un renombre universal.

CAPÍTULO V

Todavía impresionado por la entrevista que le concediera el Gran Garka, Jefe Supremo de Nkra, con quien departió durante varias horas, Jake Myers, embarcó en una Gran Nave, completamente solo, como único pasajero, con destino a la Tierra.

Al fin podría realizar su más anhelado sueño: ¡Volver al mundo en que había nacido!

Detrás quedaban recuerdos imborrables, maravillosos y tristes, en humana mezcolanza. Detrás quedaba Sue Kelsey, tal vez pensando que él había muerto. Y esto le entristecía. Pero se alegraba al evocar la promesa de Igkaan, de que, transcurridos dieciséis años, Sue sería su esposa y él uno de los hombres más admirados de la Tierra.

Era como evocar el sueño de algo todavía no acontecido. Era como saborear el recuerdo de lo futuro, porque él estaba seguro de que, una vez movilizados los inmensos poderes de los «Amos», todo se realizaría como había sido planeado.

Sin embargo, ¿no habían podido averiguar los«Amos» que él escondía, en lo más recóndito de su mente, el secreto de traicionarlos en cuanto se le presentara la ocasión?

Jake no había olvidado su nombre verdadero. Él era Dick Herlin. Él alentó siempre el anhelo de venganza. Él había sabido vencer los peligros con un estoicismo increíble, y ni siquiera Boris Rybalkin, con quien compartió tantos años de alojamiento, supo nunca de lo que albergaba en su mente.

Tampoco lo sabía Sue. Él lo ocultó celosamente a todos, incluso a sí mismo, con soberano esfuerzo de inquebrantable voluntad. Por eso no lo descubrieron los «Amos».

Nadie lo sabía. Nadie.

Pero ahora, al conocer el destino que le aguardaba, el deseo de Jake vacilaba. ¿Cómo traicionar a los que iban a darle los medios para alcanzar el puesto más elevado de la Tierra? ¿Y qué no podría hacer él, desde su altísimo cargo, para vengarse de los que le separaron de sus padres y le llevaron contra su voluntad a un lejano planeta?

¿Qué debía hacer? Arriesgarse a la «muerte natural» de que le habló Igkaan y poner en conocimiento de todo el mundo la existencia de los esclavos técnicos. Y eso era lo que se proponía.

Pero ¿y si no lograba nada? ¿Y si le sellaban la boca antes de que pudiera hacer la primera acusación? ¿No decían los «nkranos» que en la Tierra tenían una organización tan perfecta como para poder dar órdenes al propio Presidente de los Estados Unidos, al general Shapley, al Secretario General de las N.U. y hasta el «rey del dólar», John Harrison?

¿A quién podía dirigirse, una vez en la Tierra,

para denunciar la existencia de los «esclavos técnicos»? ¿A la policía? ¡No era insensato suponer que si los «Amos» controlaban a personajes tan importantes, iba a creerle un simple inspector de policía? ¿No se informaría al gobierno de su denuncia y los «esclavos técnicos» avisarían a Igkaan?

¿No le había dicho éste que controlaba personalmente a los ochocientos personajes más importantes?

Jake tenía demasiadas dudas. Le asaltaban excesivas vacilaciones.

Y, por otro lado, el Gran Garka le había dicho:

»—En la Tierra serás mi siervo preferido, Jake Myers. Pero nadie, excepto nosotros, estará en tu mundo por encima de ti… ¡Vas a ser el hombre más importante de la historia de tu mundo! Eso es un gran privilegio. Digámoslo de otro modo, un tributo a tu extraordinaria inteligencia.

»—Señor, disculpadme. Siento contradeciros, pero no soy en nada inteligente.

Esto había hecho sonreír de modo muy peculiar al Gran Garka.

»—Tu modestia me encanta. Es propio de sabios ser modesto, Jake Myers. Pero no quieras saber más que nuestros analizadores electroencefalográficos. Jamás se han equivocado. Sé que eres extraordinariamente inteligente.

»—Me abrumáis, señor.

El Gran Garka le había tratado con suma deferencia. Igkaan se lo repitió, al despedirle:

»—Te has ganado la estimación del Gran Garka. Y eso es un privilegio extraordinario. Debes sacar provecho de ello.

Jake no había contestado. Estaba demasiado preocupado por sus dudas. El legajo de documentos secretos que Igkaan le había entregado le convertía ya en el «primer esclavo técnico» de la Tierra. Estaba seguro de llegar hasta el inaccesible santuario de John Harrison, el hombre que amó a Evelyn Grearson, y decirle: «Necesitaré cien mil millones de dólares, John. Tienes que dármelos.»

Sin embargo, durante los meses que duró el viaje, tiempo que empleó Jake en estudiar el plan de acción redactado por Igkaan en lengua inglesa, tuvo ocasión de recapacitar profundamente.

En aquellos documentos leyó que el mundo estaba prácticamente controlado por los «Amos» desde mucho antes del descubrimiento de América. En sus principios, los «nkranos» sólo tenían en la Tierra unas docenas de agentes. Parecía que los atrasados terrestres no eran considerados como muy peligrosos, sino, por el contrario, dignos de lástima.

Pero el continuo progreso de las ciencias, la evolución, el aumento de la población, etc., hicieron recapacitar a los «nkranos», quienes intervinieron en los hechos más importantes de la historia de la Humanidad, siempre procurando retrasar la evolución natural, confundiendo el progreso y creando enemistades y guerras.

Era evidente, según decían los informes, que los «nkranos» estaban imposibilitados de controlar per-

sonalmente el planeta Tierra, porque el ambiente y la atmósfera no les eran propicios. Por ello, adiestraban a nativos, a quienes exigían el estricto cumplimiento ele sus órdenes.

Esto no impidió el progreso natural de la Humanidad, y fue preciso, por tanto, aumentar el número de agentes al servicio de los «Amos». A la sazón, a principios del siglo XXI, en la Tierra había quince mil «esclavos», lo que, a juicio de Igkaan, era un número muy exiguo. El poder de aquellos individuos, sin embargo, estaba en los altos cargos que ocupaban.

—«Dinero es poder» —había dicho Igkaan—. Y nosotros somos los dueños del dinero en la Tierra.

* * *

Jake saltó a tierra, desde un metro de altura. La hierba verde no era exactamente igual a la de Mundo, pero sí era como él la veía en los lejanos recuerdos de su infancia.

Un «discóbolo» estaba detenido a escasa distancia del claro donde se había posado la Gran Nave. El guardián le saludó con la mano, desde una plataforma transparente.

—Suerte, Jake —le dijo—. Ahí vienen nuestros amigos.

En efecto, dos personas ataviadas con tropas auténticamente terrestres, frescas, ligeras y modernas, corrían hacia él. Una era hombre y la otra mujer.

Ambos jóvenes.

Los reconoció en el acto, quedándose sumamente sorprendido:

—¡Boris! ¡Sue!

Corrió también hacia, ellos. Todos reían alegremente bajo la potente luz de los focos de la Gran Nave.

—¡Jake, amor mío!

Aquélla era la mayor sorpresa de la vida de Jake.

Mientras besaba ardientemente a Sue y era palmeado en la espalda por su compañero Boris, balbuceaba:

—¡Jamás lo hubiese creído! ¿Cómo es que estás aquí?

—Llegamos antes que tú. Hace una semana que te esperamos. ¿Por qué has tardado tanto?

—¿Sabíais que iba a venir?

—Sí. Nos lo dijeron antes de salir de allí. Ya está todo preparado… ¡Yo te creí castigado o muerto, y resulta que has sido elegido para un destino increíble! ¡Oh, Jake, estoy emocionada!

—¿Lo sabéis, pues?

—Sí. Vamos a ser tus ayudantes. Sue Kelsey, tu secretaria. Boris Rybalkin, colaborador anónimo y consejero. Y hay muchos más que ya han recibido órdenes y desean saber de ti. El Secretario General, Saviglia, ya tiene tu fotografía sobre su mesa de trabajo.

—¡Demonios, qué eficiencia! ¿Qué hacemos aquí?

Se agarró a un brazo de Sue y a otro de Boris, y caminaron los tres hacia el «discóbolo». El ruso llevaba la voluminosa cartera del futuro Presidente.

—Tenemos una finca próxima a Nueva York. Ésa será tu residencia. Te han «creado» un historial universitario maravilloso... ¡Y hasta resulta que has jugado en un equipo deportivo de Yale!

—Lo sé —dijo Jake.

Antes de penetrar en el «discóbolo», vieron cómo la Gran Nave se remontaba silenciosamente en el cielo. El bosque resultó rumoroso, extraño y sombrío.

—¿Dónde estamos?

—En Kentucky. Iremos directamente a Nueva York.

—¿Conocéis el modo de pilotar esto?

—Tenemos piloto propio. No te preocupes. Sube.

Boris echó el equipaje de Jake dentro del »discóbolo» y subió la escalerilla. Dentro, con los brazos extendidos, para abrazarle, estaba Jean Le Moux, otro de sus antiguos camaradas de estudio.

—¡Amo! —exclamó Le Moux, gozoso, apretándole contra su pecho.

—¡Jean! ¿Tú?

—Quería salir con ellos, pero esa radio me mortifica. No puedo separarme de aquí ni un instante... ¡Ya verás la recepción de «antiguos» amigos que te aguardan en «Manhold House»!

Jake recordó haber leído aquel nombre en las instrucciones. Era el lugar donde iba a residir. Una especie de finca fortificada, próxima a Nueva York.

—¿«Antiguos» amigos? —se sorprendió.

—Naturalmente. Amigos de siempre.

Jean Le Moux condujo su «discóbolo» con habilidad. Era fácil. El «suctor» de aire superior, perfectamente ajustado al vehículo, giró silenciosamente. La fuerte corriente contra el suelo hizo elevarse al aparato y, automáticamente, el «eyector» inferior lanzó suavemente él «discóbolo» hacia el aire.

No se trataba de una «nave extraterrestre», sino una concepción moderna del viejo «platillo volante». En la cabina interior, sólo el ligero vaivén de los cambios de dirección revelaba que se encontraban en vuelo, a más de quinientas millas por hora.

—Desde luego, ha sido una sorpresa… ¡Muy agradable! —decía Jake.

—Nada más irte tú, fuimos conducidos a Ulken y embarcados. Los «Amos» lo tenían todo preparado. Nos dijeron que tú llegarías después, ya que estabas recibiendo instrucciones especiales.

—¿Cuántos habéis venido?

—Veintidós. Los conoces a todos.

—¿Y no despertará sospechas la llegada de tanta gente? —inquirió Jake.

—Todos hemos venido perfectamente documentados— replicó Boris—. Además, sólo vamos a permanecer juntos esta noche. Mañana nos separaremos. Cada uno tiene una misión que cumplir,

—Yo he de incorporarme a mi puesto, en el seno de la Confederación Política Europea —habló Jean Le Moux.

—Creí que esos agentes colaboradores ya estaban en sus puestos.

—Se han dado los primeros pasos. ¿En cuánto tiempo hemos de crear el gobierno mundial? —quiso saber Sue.

—En diez años.

—Tenemos tiempo suficiente. Esta noche celebraremos nuestro encuentro con una fiesta. Mañana iniciaremos los preparativos. Estamos a tu disposición, Jake.

—¡Gracias, Sue! Con estar a tu lado, me doy por satisfecho… ¡Oh, hasta empiezo a creer que los «Amos» son maravillosos también!

—Lo son. No lo dudes. Cuando te des cuenta de cómo viven algunos grandes sectores de la sociedad, especialmente el industrial, no podrás por menos que dar gracias a Dios por el brillante destino que te ha deparado.

—¿A qué te refieres, Sue?

—Tengo la impresión de que América vive aún en la época de la esclavitud. Masas enormes de hombres y mujeres están obligados a trabajar, para mantener los índices de producción, mientras que los poderosos viven rodeados de placeres y lujos increíbles.

»He visto gente que conduce vehículos con carrocería de oro.

* * *

Había sido una, gran fiesta. Corrió el champaña en abundancia, se embriagaron algunos, se bañaron otros en una piscina de agua templada, bailaron, se revolcaron por el suelo, cometieron toda clase de locuras juveniles. Al amanecer, abrazado a Sue en un sofá, Jake Myers recordó que había vuelto a su planeta.

Se incorporó. Vio una chica medio desnuda tendida en la alfombra. Había sido una condiscípula suya en Mundo. Recordaba su nombre: Dadira Ghuma.

También vio a José Sánchez, balanceando la cabeza, frente a una ventana panorámica y dejando escapar de vez en cuando una risita casi histérica.

Uno de los camareros, con chaquetilla blanca, se encontraba en un rincón, roncando fuertemente. Seis camareros vinieron a servir a los huéspedes.

—¡Una gran fiesta! —exclamó Jake, asqueado.

Se dirigió a la terraza, donde vio a Boris tumbado en un columpio oscilante. Le sacudió.

—Despierta, Boris.

—¿Eh…? ¿Qué ocurre?

—Vamos a mi despacho. Tenemos que hablar.

—Ahora no, Jake… Luego, déjame dormir.

—¡Te ordena que me acompañes ahora mismo!

—Está bien, Jake… ¡Está bien; no empujes!

Penetraron en la casa. Por todas partes se veían los efectos de la orgía.

—Esto es inicuo, Boris —dijo Jake—. ¿Qué ocu-

rrió aquí anoche?

—Llegaste tú, te cantaron eso de… «Como eres tan buen muchacho», y brindamos con champaña.

—Quiero que se vayan todos a sus hoteles, que se despejen y que luego vengan a verme de uno en uno. ¿Cómo llegaron aquí?

—En sus coches y «discóbolos».

—¿Dónde residen?

—Ellos lo sabrán. No te preocupes. No se pierden. Están bien documentados y provistos de dólares en abundancia.

Una amplia escalera les llevó al vestíbulo del primer piso. La puerta del despacho de Jake estaba abierta. Dentro, sobre los asientos de cuero blanco, se encontraban algunos compañeros dormidos.

—Échalos de aquí. Voy a darme un baño; regresaré dentro de un cuarto de hora.

—¡Hum! No creí que te tomases tan en serio tu jefatura, Jake. Después de todo, aquí no están los «Amos».

—¡Igkaan lo ve todo, Boris!

—¿Igkaan? ¿Quién es?

—Eso es asunto mío. Haz que se marchen, y luego hablaremos.

Por el ancho pasillo, Jake se dirigió a su «suite». Era el único lugar que habían respetado los invitados. La llave la guardaba él en su bolsillo.

Entró, cerró la puerta, fue al panel secreto, donde estaba la cámara acorazada. Allí había dejado la

víspera el maletín con los documentos que trajo de Nkra. Al descorrerse silenciosamente el panel, pulsó los contactos electrónicos que conocía de memoria, por haberlos estudiado durante el largo viaje de regreso a la Tierra.

Y allí estaba el maletín, junto al fonovisor estelar.

Pensó en efectuar una llamada a Nkra, pero rechazó la idea. Igkaan ya debía estar enterado de la «fiesta». Era disculpable. Después de todo, sus condiscípulos habían pasado veinte años en un planeta extraño, siempre en la duda de si volverían a ver su planeta de origen.

Volvió a dejar todo como estaba, cerró el panel, y, acto seguido, se dirigió al cuarto de baño. En pocos instantes estaba dentro del agua tibia y se frotaba vigorosamente el cuerpo.

Pensó en Sue. Ahora se daba cuenta de que la amaba. Fue una sorpresa encontrarla allí, aguardándole. Los «Amos» supieron preparar bien las cosas para su esclavo favorito.

¡Pero Jake estaba cada vez más convencido de que su deber era traicionar a los «Amos»!

»— Soy Dick Herlin. Este mundo ha de ser nuestro. No podemos vivir en la esclavitud. La Humanidad debe romper los lazos que la unen a esos seres horripilantes. Y yo dispondré de los medios para hacerlo… ¡Debo hacerlo y no puedo fracasar!

Una vez bañado, abrió el armario ropero, que estaba muy bien provisto de trajes a su medida. Conocedor de los gustos más de moda, eligió una casaca

malva, con botones de pedrería. Todo el equipo estaba junto a la casaca, incluyendo los zapatos, de un material flexible y poroso.

Se vistió ante un enorme espejo y luego abandonó la «suite» para bajar a su despacho.

Boris y Sue estaban allí, ambos cariacontecidos. No obstante, ella le sonrió al entrar él.

—Lo pasé muy bien, Jake —declaró.

—Olvídalo. No hemos venido a divertirnos. Hay que trabajar.

—¡Pero si hoy es día festivo!

—Nosotros no tenemos días festivos. Quiero inmediatamente una entrevista con John Harrison, otra con Anthony Saviglia y, esta misma noche, deseo hablar con el presidente Byland. Sue, debes empezar a redactar varios escritos que debo entregar a esos hombres. Jake Myers no ha venido aquí a divertirse. ¿Entendido?

Boris Rybalkin se mordió los labios. Luego dijo:

—Empiezo a comprender por qué te han elegido los «Amos». Antes no lo comprendía.

—Estoy a tus órdenes, Jake —exclamó Sue con entusiasmo.

Capítulo VI

Un «helicoplano» dejó a Jake ante el impresionante edificio de las Naciones Unidas, construido en terrenos ganados al mar, cerca del anterior emplazamiento de la sede internacional.

El oficial de recepción ya estaba avisado y acogió a Jake con un saludo militar. Dijo:

—El Secretario General le espera, señor Myers. Venga usted conmigo.

Detrás de la «barrera de prensa», las cámaras con teleobjetivos actuaron fugazmente. Jake no se inmutó. Sabía que, desde aquel preciso instante, los medios informativos de todo el mundo no cesarían de pronunciar su nombre y reproducir las fotografías que un experto había realizado aquella misma mañana, en «Manhold House». Las que ahora tomaban los periodistas eran de «sabor local».

«Jake Myers se entrevista con Anthony Saviglia.»

«Jake Myers ha sido recibido por el presidente Byland.»

«Jake Myers nombrado mediador en el conflicto de Manchuria.»

«Jake Myers procede de la Consejería Privada de las N.U.».

«¿Es Jake Myers la última posibilidad en el con-

flicto?»

«Se dice que Jake Myers ha sostenido entrevistas privadas con los dirigentes de Pekín.»

Todo aquello obedecía a un plan cuidadosamente elaborado fuera del planeta Tierra y estaba destinado a influir en la psicología de las masas del mundo entero. Agentes debidamente adiestrados cuidaban con esmero de los más mínimos detalles.

Jake sabía todo esto y pensaba en ello, mientras subía en el ascensor, hacia las oficinas privadas del Secretario General, acompañado por el coronel jefe de recepción.

—Tengo motivos para creer que el señor Saviglia ha cancelado una entrevista con el embajador de la Confederación Europea, señor Healsted, para recibirle a usted —dijo el coronel jefe de recepción.

—Conozco al señor Healsted y sé que no se molestará, coronel —replicó Jake, sonriente.

—Estoy absolutamente seguro.

—¿Es cierto que hay posibilidad de un alto el fuego en Manchuria? —insistió el otro.

—Confidencialmente, coronel; en política, todo es posible.

Jake no podía dar otra respuesta. Ignoraba quién era aquel hombre.

El ascensor se detuvo y la puerta se abrió. El propio Secretario General, en persona, estaba allí, para estrechar calurosamente la mano a su visitante, en presencia de numerosos funcionarios de la Organización internacional.

Era la primera vez que Jake pisaba aquel lugar.

Sin embargo, todos los que le vieron llegar supusieron que era un alto personaje. Y hasta hubo quien cuchicheó:

—El señor Myers es un diplomático muy apuesto.

—Sin duda, Helen.

—¡Y de un brillante porvenir!

El señor Saviglia y Jake se dirigieron al despacho del primero. Jake, al pasar, saludó con una ligera inclinación de cabeza a todos cuantos encontraron en su camino.

Una vez en el suntuoso y amplísimo despacho del Secretario General, Jake se sentó y puso sobre sus rodillas el maletín plateado que había llevado en la mano en todo momento.

—Me alegro infinito de conocerle, señor Saviglia. He esperado con ansiedad este momento.

—Es extraordinario, señor Myers. Me han informado que posee usted una inteligencia nada común.

—Creo que exageran un poco. Sin embargo, estoy aquí para realizar una misión importante.

—Puede usted contar con mi total y absoluta colaboración, señor Myers. Estoy por entero a su disposición. ¿Por dónde empezamos?

—Está bien definido en sus instrucciones. Seré mediador en la Conferencia de Vladivostok.

—De acuerdo. Daré las instrucciones oportunas. Pero tengo mis dudas respecto a que dé resultado. Esos orientales son reacios a nuestras fórmulas. El general Shapley, sin duda, asistirá. Pero Yegorov,

desde luego, no.

—Desde luego, sí —afirmó Jake—. Tengo motivos sobrados para confiar en un alto el fuego provisional, que después se puede convertir en definitivo. Incluso tengo ya la delimitación de fronteras. Además, estoy convencido de que Sing Loa va a presentar su dimisión.

Anthony Saviglia se sorprendió.

—¿Se retira Sing Loa?

—Se le retira, señor Saviglia. En esta cuestión, los servicios secretos americanos están de nuestra parte.

—¡Es formidable! ¡Acaba usted de llegar y ya sabe tanto o más que yo de política internacional.

Jake dio una palmadita sobre su maletín.

—Aquí tengo información precisa. Le voy a confiar la referente a usted. Por su bien, confío en el fiel cumplimiento de todo.

Aquellas palabras sonaron como una velada amenaza en los oídos del Secretario General.

—Siempre he cumplido estrictamente lo que se me ha ordenado.

—Ahora debe hacerlo con mayor celo —dijo Jake —. La unión universal es aún una utopía, pero debe ser una realidad dentro de diez años.

—Lo será, si los «Amos» lo quieren.

—Personalmente, el Gran Garka me dio las últimas recomendaciones.

—¿El Gran Garka? —se asombro Saviglia.

—Sí. Sospecho que va a producirse una reforma

en Nkra y es conveniente centralizar el poder en la Tierra. Se va a permitir un progresivo avance en el desarrollo técnico. Ya nada puede frenar el salto al espacio.

—Han debido cambiar mucho las cosas en Ulken. Por todos los medios, nosotros debíamos retrasar la expansión planetaria. Incluso hemos tropezado en varias ocasiones con los dirigentes de la NASA.

—Ahora se dará luz verde, señor Saviglia. La humanidad atraviesa un momento crucial que, de no canalizarse adecuadamente, podría conducir a una catástrofe. La conquista del espacio es una especie de válvula de escape.

»En Nkra piensan que, mientras se desarrolla la colonización de los planetas del sistema, pueden pasar otros tres siglos. Además, las fuerzas espaciales tardarían varios siglos en llegar a Nkra, si es que llegan. Allí no creen que, por ahora, deban preocuparse.

—Va a ser una tregua feliz, señor Myers. Me congratulo del éxito. Ahora estoy seguro de que alcanzará usted resultados positivos en Vladivostok.

—Puede estar seguro de ello. El mariscal Yegorov, por si lo ignora, estuvo en Nkra.

Los ojos del Secretario General se abrieron desmesuradamente.

—¡No! —exclamó.

Jake sonrió y dijo, empezando a levantarse:

—Sí, se lo aseguro.

—¡Me deja usted de piedra!

Jake se acercó a la amplia mesa y depositó en ella su maletín, el cual abrió.

—Éstas son las órdenes. Dentro de cinco días, saldré para Extremo Oriente. Convendría que pusiera usted a mi disposición a los más relevantes técnicos de la paz.

—Le acompañarán mis mejores hombres, señor Myers —dijo Saviglia, tomando las páginas mecanografiadas.

—Yo también iré acompañado de algunos colaboradores. Ahí tiene usted sus nombres y fotografías. Nada se ha pasado por alto. Incluso tiene la nota para la prensa.

Después de leer rápidamente uno de los documentos, Saviglia declaró:

—Muy inteligente. Hay que contar que esos redactores suelen tergiversar notablemente los comunicados, especialmente los comentaristas. Aquí no se les da mucha oportunidad de hacerlo.

—Ellos pueden comentar lo que quieran. Los resultados hablarán por mí. Y no le molesto más, señor Saviglia. Espero que dará usted a esos escritos la importancia que tienen. El más mínimo error podría ser lamentable.

—Lo tendré en cuenta —contestó el Secretario General.

* * *

Aquella misma noche, el comentarista de «Universal News T. V.» de Washington, decía ante las cámaras de televisión:

—Surge una esperanza en la diplomacia de la paz. Según nos han informado, uno de los colaboradores del Secretario General de las Naciones Unidas, esos personajes anónimos que están luchando en la sombra por conseguir un mundo mejor, ha realizado gestiones secretas que pueden conducir a una paz en Extremo Oriente.

«¿Utopía? Los grandes hombres de todos los tiempos han sido siempre bastante soñadores —el comentarista esbozó una extraña sonrisa—. Sin embargo, estamos por creer que el joven y eficiente Jake Myers tiene motivos para sentirse optimista.

«Según noticias recibidas de Moscú, el Kremlin ve con buenos ojos esas Conferencia de la Paz, sacada de las mangas diplomáticas más inesperadas. ¿Es posible que estemos siendo testigos de un cambio en la diplomacia internacional?

«¿Cabe preguntase si los equipos jóvenes llevan un espíritu más eficiente o es que el deshielo se está produciendo definitivamente?

«De un modo u otro, ahí está la noticia. Parece ser que el consejero Myers, surgido inopinadamente de las filas secretas de colaboradores de A. Saviglia, está dispuesto a sentar ante la mesa de conferencias, ¡pásmense ustedes!, nada menos que al ilustre general Shapley, frente al mariscal Yegorov.

«Con el corazón en la mano, deseamos éxito al

joven consejero.

—¡Perfecto, MacGreggor! —exclamó Boris Rybalkin, cerrando la emisión y volviéndose hacia Jake, que estaba sentado a su lado, en el salón de «Manhold House», contemplando la televisión—. ¡Es una pieza maestra de información! ¿Quién es su autor?

—MacGreggor ha dicho lo que a nosotros nos convenía que dijera —replicó Sue Kelsey.

Jake se levantó, sacudió su cigarrillo aromático y sin nicotinas y expuso:

—Ya está planteada la ofensiva. Los resultados pronto se dejarán sentir. De todas formas, anticipándonos a los acontecimientos, debemos preparar el equipaje para partir hacia Vladivostok dentro de cinco días.

—Mañana volveré a ver al Presidente. Estoy seguro de que hasta los informadores rurales publicarán mi fotografía. Por cierto, mañana deseo un vehículo particular y unas horas de soledad.

Tanto Boris como Sue levantaron vivamente la cabeza.

—¿Qué piensas hacer?

—Una visita privada. No puedo deciros nada más. Estaré aquí a primera hora de la tarde.

Sue dejó su taza de café sobre la mesita y se levantó. Su rostro era una máscara de inexpresión.

—¿Sabes lo que haces, Jake?

—Lo sé, Sue —respondió él secamente.

—Entonces no hablemos más. Aunque, si me lo

permites, debo revelarte algo.

—Puedo permitírtelo, Sue. No hay secretos entre nosotros. Sin embargo, insisto en que sé muy bien lo que hago.

—Sue se refiere a la última recomendación que le hizo Evelyn Grearson —apuntó Boris fríamente.

—¿Sí? ¿De qué se trata, amiga mía?

—Nada de importancia. Pero…

—Pero ¿qué, Sue?

—Evelyn indicó que debíamos cuidarte, Jake. Afirmó que tienes la inteligencia muy despierta y… Bueno, ella supone que algunos recuerdos no se han borrado jamás de tu mente.

—¿Eso creía Evelyn? —preguntó Jake, mirando a su compañera.

—Sí.

—Evelyn ignora que en este mundo existe algo indefinido e inconcreto que estimula los recuerdos… Por ejemplo, ¿no os dice nada el nombre de Dick Herlin?

Sue denegó con la cabeza. Pero Boris dijo:

—Los «Amos» tienen mucha memoria, Jake.

—Sí, Boris. Y un poder de penetración mental que puede llegar desde Nkra a la Tierra. Sin embargo, me necesitan. Y no hago daño alguno con intentar rastrear las huellas de mis recuerdos infantiles. No hace falta que informéis. Mis pasos están siendo seguidos por todas partes.

—Eso podría ser considerado como un desafío.

—Podría ser. Pero insisto en que me necesitan.

—No confíes mucho en eso.

—Igkaan no sabe apenas nada de lo que hablamos el Gran Garka y yo —dijo Jake intencionadamente—. Dicho de otro modo, de mí se espera algo muy importante… ¡No importa cómo lo consiga!

Después de dicho esto, Jake dio media vuelta y se encaminó hacia la salida, dejando a sus compañeros aturdidos y confusos.

Jake estaba seguro de que sus palabras eran escuchadas en Nkra… ¡Pero sabía que nadie era capaz de leer sus pensamientos a tan considerable distancia de Nkra!

* * *

Worthing se había convertido en una populosa ciudad industrial, gracias a la instalación en sus inmediaciones de numerosas plantas de prefabricados sintéticos. Sin embargo, el casco antiguo existía desde hacía más de ciento veinte años, con las naturales modificaciones urbanísticas.

En una guía encontró lo que buscaba.

Con maestría, condujo su «aircraft» hacia el centro de la población y se detuvo ante un vetusto edificio de piedra y hierro, donde se leía: «Tribunal de Justicia del Condado».

Dejó el vehículo en una rampa de aparcamiento y eligió el pulsador verde. El circuito electrónico se

puso en funcionamiento, dándole una señal para poder recoger el «aircraft». Jake la retuvo y subió las escalinatas del edificio.

En el vestíbulo se detuvo, miró en torno suyo y luego se acercó a un mostrador de mármol, tras el que había varios empleados. Una mujer joven, y no mal parecida, se acercó a él, sonriente.

—¿En qué podemos servirle?

—Necesito información acerca de una familia que vivió en el condado hace veinte años. Herlin era el nombre de dicha familia.

—¿Herlin? —La joven se volvió a un hombre de edad, que estaba junto a una mesa metálica —. ¿Conoce usted el nombre, Sam?

—¿Ha dicho Herlin? —repitió el aludido, mirando a Jake.

—Sí.

—Me suena el nombre. Déjeme ver.

El llamado Sam se levantó, fue a un armario metálico y lo abrió, empezando a deslizar fichas entre sus dedos.

Jake, que estaba pendiente de todos sus movimientos, le vio detenerse dé súbito y leer en una ficha.

—¡Oh, sí, ahora caigo! Empezaba a temer que me fallara la memoria. Exactamente, amigo… Los Herlin perdieron un hijo en mayo de hace veinte años, en 1981, concretamente. Después se fueron de aquí… A Montevideo. El padre era ingeniero o algo así. Se produjo un gran revuelo a consecuencia del secuestro

del pequeño Dick… Vaya, qué bien lo recuerdo ahora.

—Nadie ha dudado de tu memoria, Sam —declaró la joven.

—O sea, que ya no viven aquí —insistió Jake.

—No, desde luego. Tenían una finca en la carretera de Sandway, a unas millas de aquí. Se hizo una encuesta, naturalmente. El «sheriff» Clay investigó el caso. Pero el pequeño Herlin no apareció… ¡Se lo tragó la tierra!

—¿Y no existe ningún dato que permita localizar a esa familia? Existe un legado testamentario en Nueva York. Un pariente lejano ha muerto y dejó su fortuna al señor Herlin.

—Tal vez el «sheriff» tenga algún dato al respecto. Los Herlin debieron dejar las señas del lugar donde iban a residir. Aquí, desde luego, no constan.

* * *

Un empleado de la oficina del «sheriff» atendió a Jake solícitamente. Incluso desempolvó un viejo expediente del archivo.

—Aquí está el caso, señor Myers.

Jake había sido reconocido por las fotografías divulgadas por la prensa y la televisión. A ello se debía la amabilidad del empleado.

—Me interesa saber dónde se encuentran ahora los Herlin.

—Bueno. Eso no lo sabemos… Pero aquí debe estar escrito en alguna parte. ¿Quiere usted leerlo todo? Puede sentarse en mi mesa.

—Gracias.

Jake tomó el expediente y se sentó. Empezó a leer y los remotos recuerdos acudieron de nuevo a su mente en confuso tropel. Leyó la declaración de su propia madre, donde se traducía la emoción y la desesperación por la pérdida de su único hijo.

Leyó también las declaraciones, vagas e inconcretas, de varios testigos, ninguna de ellas relacionada con la verdad. Y, por fin, en un pliego cosido con una grapa metálica, vio escritos un nombre y unas señas de Montevideo: Richard F. Herlin, ingeniero de la E.G.T.A. Oficina local de Montevideo, Uruguay.

Anotó el dato en una tarjeta y luego se entretuvo en leer el escrito final de la encuesta celebrada en Worthing, a consecuencia de su desaparición.

Y sus ojos se agrandaron incrédulamente, al leer una nota, redactada en letras rojas, a mano, al parecer, donde se leía: «Aquí terminó tu pasado, Jake Myers. No intentes seguir indagando, pues lo que primero fue un secuestro, ahora podría ser *muerte natural*.»

¡Pero el sorprendente papel no duró mucho ante sus ojos, esfumándose, con escritura y todo, antes de poder releerlo!

CAPÍTULO VII

Lo primero que hizo Jake, a su regreso a «Manhold House», sin querer hablar con Sue, que le estaba esperando, fue encerrarse en su «suite» y descorrer el panel secreto de la cámara acorazada.

Se colocó ante el fonovisor espacial y manejó sus mandos unos segundos; luego se retiró unos metros y tomó asiento en una butaca estilizada, de cuero blanco.

La pantalla no tardó en iluminarse y apareció en ella la abultada cabeza de Igkaan.

—Estaba esperando esta llamada, Jake Myers— empezó diciendo el jefe del Departamento de Control Exterior de Nkra.

—Y yo no esperaba ver letras rojas en un expediente policial.

—¿Qué quieres decir, Jake?

—Que sus estúpidos agentes no deben jugar conmigo o sucederá algo muy grave, Igkaan.

—No me gusta tu tono, muchacho.

—¡Ni a mí me gusta que me vigilen tan estúpidamente, y menos que traten de inmiscuirse en mi vida privada!

—Debo recordarte que no tienes vida privada,

Jake Myers —contestó Igkaan.

—Escuche bien, Igkaan: Yo le sirvo a usted. Soy consciente de mi deber. Tengo una misión importante que cumplir y no trato de eludirla. Desde luego, no hice ningún pacto con ustedes. No tenía elección y aquí estoy, tratando de cumplir lo que se quiere de mí,

»Lo haré, desde luego. Y más por interés personal que por sentido de la obediencia, puesto que no. debo fidelidad a quienes me separaron de mis padres contra mi voluntad.

«Ahora, sin embargo, no soy un niño. Me encuentro en mi propio mundo, aquí nací y aquí no me importa morir. ¿Me entiende bien, Igkaan? Quiero que me entienda perfectamente, porque tanto usted como yo estamos metidos en un juego peligroso. De lo que yo haga o diga aquí, depende que el Gran Garka le siga teniendo confianza o le haga arrestar y condenar.

«¿No me cree? Sé lo que digo. Antes de salir de Nkra hablé con el Gran Garka y recuerdo muy bien algunas de sus palabras. No está usted tan seguro en su alto puesto. En Ulken, hay «nkranos» que verían con satisfacción su caída en desgracia.

—¿Me estás desafiando, Jake Myers?

—Tómeselo como quiera. Pero intento únicamente hacer un trato. Ustedes dicen que poseo una inteligencia de coeficiente ochenta. Puede que estén en lo cierto. También están en lo cierto cuando afirman que yo puedo realizar la misión que me han enco-

mendado, principalmente porque tengo todos los triunfos en la mano.

»Yo impondré la paz en este mundo, reconciliaré a los gobiernos y conseguiré formar la unión mundial. ¿No es eso lo que quieren de mí? Pues bien, yo también tengo algo que pedir. No quiero que me devuelvan a la infancia, porque eso es imposible. Pero sí tengo derecho a saber de mis padres y, aunque sea de una manera indirecta, hacer algo por ellos.

Igkaan había escuchado en silencio el discurso del «esclavo». Estaba maravillado de que un terrícola pudiera rebelarse contra él. Y, sin embargo, sabía que Jake Myers estaba diciendo la verdad.

Pero lo que más inquietó a Igkaan fueron las palabras alusivas a consignas especiales confiadas a Jake Myers por el propio Gran Garka. Efectivamente, ni siquiera en Nkra podía considerarse seguro un alto dignatario.

—¿Qué fue lo que hablaste con el Gran Garka?

—¿Por qué no solicita audiencia y se lo pregunta?

—Ésa no es una contestación adecuada — se enojó el «Amo»—.Puedo hacerte destituir ahora mismo. La misión que has de realizar puede ser llevada a cabo por otro.

—De acuerdo. Destitúyame. Creo que puede hacerlo. Y también puede ordenar mi «muerte natural». Sin embargo, no creo que logre convencer al Gran Garka de mi traición, ¡pues fue él precisamente quien me autorizó para indagar sobre el paradero de mis padres!

—¡Eso no es cierto!

—Llame al Gran Garka y convénzase, Igkaan. ¿No comprende que yo no intento más que conseguir la felicidad de los que me trajeron al mundo y que han sufrido tanto por culpa de ustedes? ¿No entiende que con eso no perjudico en absoluto a la elevada misión que me han confiado?

—¡Ninguno de vosotros debe siquiera recordar su propio nombre! —exclamó Igkaan, empezando a perder la compostura.

—Ninguno de nosotros posee un coeficiente ochenta, señor —replicó Jake obstinadamente—. Y dudo que alguien sea capaz de realizar la misión que me ha sido encomendada.

»E1 Gran Garka lo comprendió así. Admitió que, pudiendo conseguir el poder más grande de la Tierra, era lógico que hiciese algo en favor de mis padres. ¿Hay algún mal en ello, si no revelo mi condición?

—¡Eso es una patraña tuya, Jake! —exclamó Igkaan—. Y, desde luego, pediré audiencia al Gran Garka. Estoy absolutamente seguro de que todo lo que dices es falso. Nadie puede hacer lo que tú haces.

—Nadie ha sido elegido para la presidencia del primer gobierno mundial, Igkaan. Y no dude que lo conseguiré… ¡Como tampoco dude que encontraré a mis padres y' les ayudaré con todos mis medios, aunque tenga que encontrarme con la «muerte natural» a manos de uno de sus agentes!

»Pero usted no seguirá mucho tiempo al frente del D.C.E., se lo aseguro.

—¡Te pesará, Jake Myers!

—Puede que le pese a usted, Igkaan. Y no hablo en vano. Le aconsejo que no sea obstinado conmigo. Considéreme un ser excepcional y todo marchará perfectamente.

Igkaan no quiso seguir escuchando y él mismo cerró la comunicación estelar.

Jake sonrió entonces, se levantó y fue a cerrar la cámara acorazada. No tenía miedo. Contaba con una baza importante en el juego. No era exactamente cierto que el Gran Garka le hubiese autorizado a «salirse» de su camino de «esclavo técnico». Pero él estaba seguro de una cosa.

¡Le habían confiado demasiados altos secretos «nkranos»!

Se estaba desvistiendo para acostarse, cuando Sue Kelsey llamó en su puerta.

—Jake, quiero hablarte.

Él abrió la puerta y miró a Sue.

—¿Qué ocurre, Sue?

—¿Me dejas pasar?

Jake se apartó de la entrada y le permitió el paso. Fue ella la que cerró la puerta. Luego, le echó los brazos al cuello.

—¡Tengo miedo, Jake! ¡Tengo un miedo terrible!

—¿Qué te sucede?

—A mí, nada. Pero temo perderte. Sé que pueden asesinarte cuando menos lo pienses. Tenemos orden de vigilarte estrechamente.

—Lo sé. Sólo tú y Boris podéis ser mis guardianes. Pero no te preocupes. Igkaan tiene materia para reflexionar profundamente.

—Nosotros no somos libres, Jake. Una gran fuerza oculta nos envuelve. Son nuestras vidas las que están en sus manos.

Ella había colocado su mejilla contra la de él. Temblaba.

—Tranquilízate, querida. Todo saldrá bien. Yo no he hecho nada malo… aún.

—Boris ha recibido una llamada. Le han dado la orden de vigilarte. Tiene un arma diabólica en su poder. Un aparato extraño que provoca la parálisis cardíaca. Es una caja de aspecto inofensivo.

—¿Te ha enviado él a decírmelo? —preguntó Jake secamente.

Ella retiró sus brazos del cuello de Jake y se apartó unos pasos, mirándole fijamente a los ojos. El miedo apareció retratado en su rostro.

—No… ¿Cómo puedes decir eso? Yo te quiero, Y él también te quiere. Pero si le ordenan matarte, ¡lo hará!

—No lo creo. Y tú tampoco serías capaz de hacerlo, Sue. Te conozco muy bien —Jake sonrió abiertamente, tranquilizando a Sue—.Escucha, amor mío. Tenemos una misión que cumplir. Y la cumpliremos. Pero los «Amos» han de empezar a modificar sus leyes respecto a nosotros, si es que quieren unificar este planeta bajo un solo gobierno central. Yo…

Jake se detuvo al escuchar un zumbido peculiar,

sincopado y significativo.

—Sitúate en aquel extremo, donde no puedan verte. Me llaman desde Nkra.

Sue obedeció, mientras él descorría de nuevo el panel y abría la cámara acorazada.

Efectivamente, el fonovisor estelar se iluminó en el acto, apareciendo en ella el busto de Igkaan.

—Está bien, Jake Myers. Tú ganas —habló el jefe del D.C.E. «nkrano»—. Puedes buscar a tus padres. Ayúdales y proporciónales el bienestar que quieras. John Harrison te facilitará los medios. Pero no intentes verlos ni decirles que vives.

—De eso hablaremos más adelante, Igkaan. Primero averiguaré lo que ha sido de ellos. Después decidiré lo que debo hacer. ¿Ha hablado usted con el Gran Garka?

—¡No abuses de mi paciencia, Jake Myers! —exclamó Igkaan—.Puedo arrepentirme y ordenar que seas eliminado.

—Si yo muero, el Gran Garka querrá saber las causas. Y alguien le dirá la verdad. Puede que usted muera conmigo, Igkaan.

En la pantalla, el rostro del dirigente «nkrano» no pareció sufrir ninguna alteración. Jake, sin embargo, sabía que su mente estaba asaltada por la furia.

—Eres muy listo, Jake Myers. Ahora pides sólo ayudar a tus padres. Muy humano. Más adelante, tus condiciones serán otras. Y puede que llegue el día en que decidas emanciparte del todo. Desde luego, tu conducta nos obliga a corregir los defectos educa-

tivos de Mundo. Ya no tendremos tantas consideraciones con los educandos.

—Ni pienso exigir más condiciones ni usted debe tomar venganza en seres inocentes, Igkaan.

—¡Yo sé lo que debo hacer! ¡Tú eres el que parece no saber lo que haces!

—Sólo tengo una vida, Igkaan… ¡Igual que usted!

—No tenemos más que hablar. Haz lo que te he dicho. Y hazlo bien.

—Gracias.

El «nkrano» cerró de nuevo la comunicación.

Entonces; Jake, sonriente, se volvió hacia Sue.

—Lo conseguí, amor mío.

Se cerraba automáticamente la cámara y el panel, cuando Sue, radiante de alegría, se echaba en los brazos de él.

—¡Eres fantástico, Jake! ¡Y soy la mujer más feliz del mundo, porque te quiero! —exclamó la muchacha.

—Yo también te quiero a ti, Sue.

Sus labios se encontraron, besándose ardientemente.

* * *

El hotel Yenkish, de Vladivostok, enteramente rodeado de tropas y adornado con banderas de todos los colores, invadidos sus alrededores por periodistas

y vehículos de superficie —porque estaba terminantemente prohibido sobrevolar el edificio—, daba acogida aquel día de mayo del año 2001 a los comités parlamentarios más importantes de los últimos tiempos.

Delegados del gobierno chino, soviético, manchú, coreano y japonés, por parte oriental, se enfrentaban con delegados norteamericanos, británicos, australianos y canadienses del lado occidental.

Y de moderador entre ambos grupos se hallaba el equipo de las Naciones Unidas, dirigido por Jake Myers.

La sala de conferencias se encontraba en la planta baja del hotel, en un gran aposento cubierto de tapices orientales.

Primero acudieron los orientales, seguidos del equipo parlamentario y pacificador de Jake Myers. Por último, acudió la delegación occidental, presidida por el famoso general Shapley.

Fue Jake quien le recibió en la entrada, estrechándole efusivamente la mano, para acompañarle después hasta la mesa de la delegación oriental, donde el mariscal Yegorov, con su vistoso uniforme azul, se había puesto dignamente en pie.

— Mariscal Yegorov, permítame presentarle al general Shapley —dijo Jake Myers.

Los jefes de los dos ejércitos parecieron vacilar. Luego, se tendieron la mano. Docenas de cámaras fotográficas destellaron en aquel preciso instante, en la tribuna de la prensa.

Y las pantallas de todo el mundo proyectaron aquel mismo día el famoso apretón de manos de los dos altos jefes militares, ante los que se encontraba sonriente Jake Myers.

¡Paz, paz, paz!

Aquélla fue la gran victoria de Jake Myers, cuyo nombre empezó ya a conocerse, no solamente en América, sino en las regiones más apartadas del globo terráqueo.

La verdad es que los ejércitos habían dejado de luchar en los desolados y martirizados campos de Manchuria. Pero la conferencia de paz sólo fue aquello: un apretón de manos.

Luego, mientras los delegados de las Naciones Unidas, juntamente con los representantes políticos y militares de Oriente y Occidente, se enfrascaban en polémicas y discusiones, Jake Myers se reunía con el mariscal Yegorov y el general Shapley en una salita privada, donde tenían preparado el almuerzo.

Y la «conferencia» íntima de los tres se desarrolló en estos términos:

—¡Qué lástima, Igor! —dijo el general Shapley—. Te hubiese podido aplastar en Dang Soa.

—¡Allí es donde te esperaba yo, viejo carcamal! —exclamó el mariscal' ruso—. Dieciséis emplazamientos atómicos secretos te habrían dejado listo para la-historia.

—¡Bravatas, Igor! ¿Crees que mis Servicios de Inteligencia no estaban advertidos? Estábamos dispuestos a sacrificar cien mil hombres. Pero de tus cenizas

no habría quedado ni el recuerdo.

—Excelente vodka, mariscal —intervino Jake, jovial.

Los dos altos jefes militares se volvieron al joven.

—Bueno, ¿y tú quién eres? —preguntó el ruso.

Jake sonrió.

—El futuro Presidente del Gobierno Mundial.

—¿Eh?

—Decretado por el Gran Garka —añadió Jake, alzando su copa.

—¡Vaya! ¿Desde cuándo los «Amos» han cambiado de política?

—Desde que me hallaron a mí.

—Pero si alguien no se cuida de matar gente inútil, en pocos años tendremos que comernos unos a otros o liarnos a palos de verdad —comentó el mariscal Yegorov.

—No será así. El poderío militar de la Tierra va a encontrar amplio campo en la conquista del espacio.

—¿Cómo?

—Sí. La conquista de los planetas del sistema requiere gran sacrificio de hombres y material.

—¡Pero eso no conviene a los intereses de Nkra!

—Hasta cierto punto, sí. Nosotros no llegaremos a Nkra hasta dentro de algunos siglos, si es que para entonces conviene que sea así. La situación no ha cambiado en absoluto y retrasar continuamente el progreso puede ser el filo opuesto del hacha golpeando la cabeza del Gran Garka.

«Es cuestión de estrategia, señores. Nosotros no dominamos totalmente la Tierra. El grifo debe estar abriéndose lentamente, o reventará el depósito. La Humanidad crece continuamente y es preciso darle expansión. La Luna puede ser colonizada. Marte y Venus, con los adelantos modernos, pueden ser las nuevas Américas. Millones de seres irán a su conquista, si les facilitamos los medios.

»Es una buena política de expansión demográfica. Posiblemente, los «Amos» lleguen algún día a considerarnos «civilizados» y establezcan otro tipo de relaciones con nosotros.

«Mientras, prefieren ir abriendo la espita y seguir dominando esto. Yo he de conseguir algunos éxitos políticos, para luego proponer la unificación mundial. Seré elegido candidato. Me nombrarán Primer Presidente y mi mandato durará seis años.

—¿Cuándo se piensa establecer ese gobierno universal?— preguntó el mariscal Yegorov, suspicaz.

—Dentro de diez años. Para entonces, usted ya estará jubilado. Es preciso trabajar mucho hasta ese día. Y la lucha me ha sido encomendada.

—No le envidio, señor Myers. No será una lucha fácil. Sin embargo, le ayudaremos.

—Nos veremos pronto en el Kremlin, mariscal. Precisamente, mi triunfo está en ustedes y en todos los agentes de Nkra en la Tierra.

—Desde luego, desde luego… ¿Hace mucho que ha venido de allí?

Jake sonrió:

—Hoy hace una semana.

—¡Caramba, eso es ir deprisa!

—El plan estaba preparado con mucha antelación. Fui llamado a Ulken por el propio Gran Garka.

—¿De veras?

— Y estuve comiendo con él, como ahora lo hago con ustedes.

—Sorprendente. ¿Cómo es?

—Extraordinario. Me trató con suma deferencia. Confía mucho en este proyecto.

La importancia política de Jake Myers aumentó ante los dos hombres de armas. Ellos conocían muy bien el poder de los «Amos», pero ninguno había visto jamás al Gran Garka, el Jefe Supremo de los «nkranos», cuyo privilegio estaba reservado a muy escasos individuos.

—Desde luego, mi gobierno colaborará a ese plan —afirmó Yegorov.

—Y el mío. Conozco al presidente Byland. Pero ¿no hubiese sido mejor nombrar a Saviglia?

—No. Es cuestión de edad. Yo soy joven. Tengo un gran porvenir por delante. Y Anthony Saviglia se retirará antes de diez años. Por otra parte, pienso acabar con el secuestro de niños. Si se acepta mi plan, los pequeños irán voluntariamente a Nkra, con el consentimiento de sus padres.

—Mucho están cambiando las cosas en Nkra —afirmó Shapley.

—No. Pero yo las haré cambiar.

CAPÍTULO VIII

El «Euroamerican Building» era, sin lugar a dudas, el edificio más importante de Manhattan, en el propio corazón de Wall Street. Veinte de sus ciento sesenta pisos estaban dedicados a las oficinas del banco más importante del mundo. Desde el resto, se dirigían los innumerables negocios de John Harrison.

Entrar en la planta baja del edificio era fácil. Allí tenían acceso todos los habitantes del planeta. Sin embargo, intentar ascender hacia los pisos superiores resultaba cada vez más difícil. Y subir más allá del piso cincuenta estaba reservado a muy contadas personas.

Desde luego, llegar al último piso era prácticamente imposible. Allí residía Harrison y los ascensores sólo pasaban la barrera privada en ocasiones muy limitadas.

Sin embargo, Jake Myers entró una mañana en el «Euroamerican Building», dio su nombre en recepción, ¡y le franquearon el paso directamente hasta el último piso!

Aquello parecía imposible, aun en el siglo XXI. Pero fue cierto. Y el secretario particular de Harrison recibió a Myers con una amplia sonrisa de satisfacción, acompañándole luego personalmente hasta el fastuoso despacho del magnate de las

finanzas.

Jake no había visto, ni siquiera en Nkra, un despacho como el de John Harrison. Aquello, a primera vista, era fastuoso, maravilloso, sorprendente, insuperable, «increíble». Enorme, con una superficie de quinientos metros cuadrados, como mínimo. Dotado de mobiliario artístico y electrónico, enteramente automático, iluminación artificial perfecta y un decorado auténticamente genial.

El suelo era de láminas de esmeralda artificial. Las paredes de platino y el techo de cristal de roca, de una pureza extraordinaria. La mesa tras la que estaba sentado John Harrison valía más de cien mil millones de dólares y estaba construida de grandes diamantes, perfectamente ensamblados. Sobre ella había una pantalla informática, a través de la cual el magnate podía seguir, segundo a segundo, las fluctuaciones de la economía mundial, con sólo pulsar una serie de botones de cuarzo joviano.

John Harrison era un hombre de unos cincuenta años, de cabellos casi blancos, expresión aguda e inteligente, que vestía una bata gris muy cómoda. Llevaba pantalones ajustados, de fibra de plata y calzaba zapatos flexibles de oro.

De su cuello pendía una diadema de brillantes y esmeraldas, cuyo precio superaba el presupuesto de hacienda de cualquier país medio. Tanto las piedras como el metal procedían de las casi inexploradas minas de Saturno.

Pese a su fastuoso aspecto, de John Harrison irradiaba una gran humanidad y era sumamente afable y

cordial. Al menos, este juicio formó Jake Myers al verle la primera vez, y la misma circunstancia se repetía ahora.

—¡Mi muy querido y entrañable Jake!

—¿Cómo está usted, señor Harrison? —preguntó Jake, tendiendo al otro la mano, mientras el secretario particular del magnate se inclinaba para retirarse.

—Por favor, Jake. Llámame Johnny. Prometiste que a tu regreso de Extremo Oriente me hablarías de Evelyn… Sentémonos en el «solarium».

Harrison tomó a Jake del brazo y le llevó a unas cómodas butacas de adaptación ortopédica. Un «cerebro electrónico» funcionó automáticamente, al descorrerse parte del techo y les inundó de la tamizada luz del sol.

—Antes deseo saber algo de mis padres, Johnny.

—¡Oh, sí; desdichado de mí! Soy un imperdonable egoísta. Jake… ¡Te ruego encarecidamente me perdones! Desde luego, eso es más importante. Bien, ya estoy -informado. Tu familia vive en California. Y vive bien indiscutiblemente. Tienes una hermana, llamada Jackie, o Jacqueline. Ahí tengo su retrato… ¡Una excelente familia!

John Harrison volvió la mano hacia un archivo-robot, que parecía haber surgido detrás de él y tomó una carpeta de cubiertas doradas.

La mano de Jake temblaba al recibir la primera fotografía en color de su familia, que le tendió el magnate. En ella pudo ver a un hombre, sentado en

una butaca de acero, con un libro en una mano y una pipa en la otra. A su lado, en otra butaca, había una mujer de unos cuarenta y tantos años. La joven, que estaba de pie entre ambos, resultó muy familiar a Jake. Era joven, como de unos diecisiete años, alta, esbelta, y vestía un elegante conjunto deportivo.

—Mis padres —musitó Jake, emocionado.

—Efectivamente. La familia Herlin. Viven en Pasadena. Tu padre tiene un cargo envidiable en la empresa «Coast & Mining Inc». Es ingeniero jefe. Naturalmente, podemos hacerle presidente de la compañía. ¿Qué menos, eh? Sus ingresos pasarán así del millón anual.

—Jackie es muy bonita —añadió Jake—. ¿Qué edad tiene?

—Diecisiete años. ¡Ah, y tiene muchos pretendientes! Está cursando estudios superiores.

Los enternecidos ojos de Jake se fijaron en la mujer.

—Parece haber sufrido, ¿verdad?

—No. Según dice aquí, ha vivido siempre bien. Te echó mucho de menos durante los primeros años. Luego, la llegada de Jackie la consoló muchísimo. Incluso, tengo aquí, una grabación de sus voces, durante algunas reuniones familiares. Desde luego, no se habla de ti. Pero me consta que, de vez en cuando, tu madre piensa en ti y se pregunta dónde puedes estar.

—¡Pobre mamá!

—Toma. Todos estos son los datos que hemos reunido sin que ellos se enteren. Desde luego, la

posición de tu padre va a empezar a mejorar mucho. Empeñé mi palabra. Y Johnny Harrison vale algo en este continente.

—Gracias, Johnny. No sé cómo agradecerte todo esto —respondió Jake. Acto seguido, tomó una carpeta dorada y pasó rápidamente algunas hojas de un papel especial.

—Debo felicitarte por tu gestión en Vladivostok. Ha sido un gran acierto.

—No tengo mérito alguno. Todo estaba preparado.

—Sí, pero te has convertido en un hombre famoso.

La gente es buena y crédula. En ti sólo ven al «pacificador», como en mí ven al magnate. Y tiene más mérito lo que tú haces que dirigir mi imperio económico.

—Hasta el final no se verán los resultados, Johnny. Desde luego, las declaraciones del Presidente y del Secretario General me favorecen mucho. Y la información está bien dirigida.

—Me cuesta mucho dinero, Jake. Destino el importe de seis centrales atómicas para comprar esos elogios. Yo sé lo que cuesta mantener veintidós cadenas de televisión.

—Te admiro, Johnny. Sólo un hombre como tú podría llevar adelante este imperio industrial y económico.

—Y, sin embargo, lo daría todo por haberme podido quedar en Mundo, con Evelyn Grearson —con-

fesó tristemente el magnate.

—¡Ah, qué gran mujer!

—¿Cómo está?

—Muy bien. Su casa era la nuestra.

—¿Vuestra casa?

—Sí. Evelyn nos acogió a Sue y a mí cuando llegamos allí. Fue como una madre para nosotros.

—¡Bondadosa y celestial Evelyn! Háblame de ella.

Jake miró con simpatía al hombre de negocios.

Y durante media hora, mientras les servían té de Venus y pasteles de Ceylán, explicó todo lo que él sabía de Evelyn Grearson.

—Lamento no haber podido traerle un retrato,

Johnny. Mi partida fue algo precipitada. Sin embargo, esta misma noche llamaré a Nkra y pediré a Igkaan que me envíe una carpeta como ésta, de Evelyn.

—¡Oh, Jake! ¿De veras puedes hacer eso? —se extrañó el hombre capaz de conseguirlo todo en el mundo.

—Resultará un poco extraño. Pero sé el modo de convencer a Igkaan.

—Desde luego, han debido cambiar mucho las cosas en Nkra para que los «Amos» accedan a estas cosas. ¿Es nuevo el Gran Garka?

—No. Es el mismo de hace ciento doce años. Pero, desde luego, ha cambiado su política.

—¿Y sabes lo que se proponen?

—Sí, lo sé.

—¡Oh!

—Estamos muy avanzados en la Tierra. Eso es lo principal. Crecemos demasiado aprisa y se dan cuenta. Dentro de un siglo podemos ser una amenaza incontrolable. Del Sistema Solar podemos saltar al cosmos y hasta llegar hasta Nkra.

»El Gran Garka puede destruirnos e impedirlo. Pero eso va contra sus principios políticos. Sabe que algún día incluso habrá de tener embajador terrestre en Ulken.

—Sí. Eso pienso yo. Nosotros no viviremos entonces, pero el progreso es incontenible. Hacen bien en abrir la mano. Ya no estamos en la Edad Media.

—Exactamente. Y como es difícil unificar criterios, debemos imponer el gobierno único. La verdad es que el mundo se hace pequeño.

—Me gusta esa idea. ¿Qué dicen los otros?

—Callan y obedecen. A todos les gustaría ser nombrado candidato. Pero los «Amos» han sabido elegir el momento adecuado y a la persona ideal. Ninguno de los importantes políticos actuales puede aspirar, dentro de diez años, a ese cargo. Y es inútil, improvisarlo. Yo soy el más indicado. Tengo el destino señalado y puedo laborar para su feliz logro.

—No puede decirse que hayas empezado con mal pie. Sin embargo, algo más debe haber, cuando los «Amos» te conceden hurgar en tu pasado. Eso no se ha permitido jamás.

—Nadie ha podido recordar a sus padres, después de veinte años pasados en Mundo.

—Lo qué también me extraña que se haya podido permitir.

—He jugado bien con Igkaan.

—¿Igkaan? ¿Quién es?

—El actual jefe del Departamento de Control Exterior.

—¡Hum, peligroso sujeto!

—Una auténtica fiera a la que empiezo a tener domesticada. No me preocupa mucho. Desde luego, menos que el discurso que debo pronunciar el jueves ante la Asamblea General de la O.N.U.

* * *

Sue le miró y le guiñó el ojo, dándole aliento. Pero Jake Myers no necesitaba tal aliento. Esperaba el silencio absoluto de la audiencia para empezar a leer su discurso.

Sin embargo, quería no bajar ni una vez la vista hacia el papel. Para eso lo había aprendido de memo ria, utilizando una técnica nueva, originaria de Mundo, consistente en leer el discurso y grabarlo en la mente por medio de un cilindro mnemotécnico, lo que venía a ser algo así como grabar en su propia mente por medio de influjos mentales de onda magnética.

Al fin, el silencio se hizo, y Jake empezó a decir:

—Señor presidente, señores delegados, consejeros, ministros y amigos todos. El Secretario General me

ha ordenado hacer un informe de mis gestiones en Extremo Oriente.

"Heme aquí, en presencia de ustedes, con humildad, respeto y consideración suma, dispuesto a la obediencia.

»No ha sido mi persuasión, ni siquiera mi dialéctica o mi razón de moral universal la que ha movido a establecer lazos de paz. Si Oriente y Occidente han renunciado a la guerra, es por propia conveniencia de los pueblos beligerantes.

»Mi escaso mérito consiste en haber sabido aprovechar el momento propicio, cuando los dirigentes políticos y militares de ambos hemisferios se encontraban en la necesidad de hallar la paz, para ofrecerme como mediador.

»A esta sede internacional llegaron sugerencias de un posible armisticio. El Secretario General necesitaba un hombre neutral, alguien nuevo y viejo al mismo tiempo, un joven eficaz y seguro de sí mismo, la política.

«Anthony Saviglia me conocía bien. Procedo del mundo universitario. Ingresé en la Organización por méritos propios, venciendo en reñida oposición, entre numerosos candidatos, tal vez mejores que yo.

«Sin embargo, la suerte ha seguido siempre mis huellas. El azar es mi aliado. Sé que sonríen ustedes porque citar el azar en la política es absurdo. Y, sin embargo, si la suerte no acompaña a los hombres, sus empresas se malogran.

»Si he obtenido el éxito, ha sido debido a mi suer-

te, a la del secretario general, por haberme elegido para la misión, y a la del mundo entero, en especial para los amantes de la paz, que también han estado de suerte.

»Entre saber hacer las cosas bien y tener suerte, yo prefiero esto último. Y ruego a Dios que jamás me quite ese don que tanto bien puede reportar a la causa de la paz, que es la causa más justa de la humanidad.

»Paz, justicia, libertad, verdad, razón, sabiduría… Eso es, caballeros, lo que ardientemente pido a Dios que otorgue a todos ustedes y a todos los pueblos de la Tierra.

El enorme hemiciclo donde se reunía la Asamblea General pareció estremecerse bajo la atronadora salva de aplausos con que fueron acogidas estas palabras del orador. Jamás nadie había escuchado allí, ni en otros edificios de la O.N.U. un aplauso tan general, unánime, ferviente y prolongado.

Ciento diez minutos exactamente duró la estruendosa ovación.

Jamás se había hablado de modo más directo, abierto, franco y sincero. Aquello no era política ni diplomacia. Era la pura y absoluta verdad expresada con los labios, pero surgida de lo más hondo del corazón de un hombre.

Parecía un discurso dirigido a los «Amos», a los hombres y a Dios.

Casi dos horas de ininterrumpidos aplausos habían de repercutir forzosamente en toda la prensa

informativa mundial. Y de ello se habría de hablar durante largo tiempo.

»—Bueno —preguntaría el Presidente de los Estados Unidos a su representante en la O.N.U.—, ¿qué fue lo que dijo Myers?

»—Señor Presidente, no importa lo que dijo…! Lo maravilloso fue cómo lo dijo. ¡Nadie, y sé bien lo que digo, ha hablado jamás de ese modo. Parecía que estábamos todos hipnotizados…! ¡Ese joven es electrizante!

En Londres, en París, en Mueva Delhi, en El Cairo, en Varsovia, en Lisboa, en Tel Aviv, en Karachi, en Pekín, en todas partes del mundo, el nombre de Jake Myers era pronunciado con profunda admiración.

Sólo en un lejano y enorme planeta, un hombre escuchaba la noticia con cierto resentimiento. Aquel hombre era Igkaan y empezaba a temer que un insignificante terrícola, educado en Mundo, pudiera vencerle y derrotarle. No porque les traicionara, sino porque le había desafiado abiertamente.

Igkaan podía dar una orden y Jake caería muerto en el acto. Pero ¿qué pasaría después?

El ambicioso plan era idea de Igkaan. De su mente salieron los pormenores que Jake Myers iba realizando paso a paso, con una estrategia impresionante. Mas Igkaan temía a Jake, en quien veía a un esclavo distinto a los demás.

»—Al final, habré de eliminarle. Lo presiento —pensaba Igkaan—. Temo que Jake Myers sea demasiado inteligente. Y hemos puesto demasiado po-

der en sus manos. ¿Intentará utilizarlo contra nosotros? ¿Será necesario, después de tantos años, enviar una flota sideral contra la Tierra?

En estos pensamientos, una llamada por el fonovisor estelar sacó a Igkaan de sus pesimistas pensamientos.

Le llamaban, precisamente, Jake Myers.

—Debo felicitarte por tu oratoria sin par, Jake Myers— fue lo primero que dijo Igkaan.

—Gracias, Igkaan. Sin embargo, el motivo de mi llamada es otro.

—¿Qué deseas, pues?

—Autorización para solicitar un favor especial del Gran Garka.

—¡Eso es imposible! —exclamó Igkaan—. Está absolutamente prohibido. Lo que quieras de nosotros, debes pedírmelo a mí.

—Lo siento. Prefiero pedírselo al Gran Garka directamente. Si usted no me autoriza a dirigirme a él, lo haré sin su consentimiento, utilizando un canal directo con el Palacio del Jefe Supremo.

—¡No puedes hacerlo! ¡Te lo prohíbo terminantemente!

—No acepto prohibiciones. Sé lo que quiero y cómo debo pedirlo.

—¡No, no y no!

—Está bien. He concluido. Corto.

—¡Espera, Jake Myers! —exclamó el «nkrano» violentamente, agitando todos sus tentáculos—. ¡Esta

insubordinación puede significar tu muerte inmediata!

—No, querido Igkaan. Ya es demasiado tarde. El mundo entero está bendiciendo mi nombre. Si algo me ocurriera ahora, una hecatombe incontenible invadiría el mundo. Y quince mil «esclavos» no serían suficientes para contener el desastre.

Igkaan no replicó inmediatamente. Luego, con voz más suave, dijo:

— Está bien, Jake Myers. Dime para qué quieres hablar con el Gran Garka y haré lo que esté a mi alcance.

—Necesito que envíen aquí a Evelyn Grearson.

—¡Eso va contra nuestros estatutos! Evelyn Grearson es necesaria aquí. Denegada la petición.

—Recapacite, Igkaan. O me envía a Evelyn o hablaré con el Gran Garka. Y puede que, a la vez, le sugiera sustituir al jefe del D.C.E. Me está resultando poco cooperador, teniendo en cuenta la labor que estamos realizando aquí en beneficio suyo. Piense que, si todo el poder que empiezo a conseguir lo utilizo en beneficio propio, el dominio secreto de Nkra sobre la Tierra podría terminar.

—¡Basta, Jake Myers! ¡Tú te lo has buscado!

CAPÍTULO IX

Boris Rybalkin estaba en el vestíbulo. Su rostro era como una máscara de hierro. Miraba hacia arriba, a la parte alta de la escalera, donde acababa de aparecer Jake.

Éste se detuvo. Observó que su amigo tema la mano metida en el bolsillo de la casaca.

Jake bajó despacio la escalera y se detuvo en el último peldaño.

—¿Qué ocurre, Boris?

El aludido no replicó.

Jake comprobó que no había nadie más en el vestíbulo.

—Te acabo de hacer una pregunta, Boris —insistió Jake.

—¿Te das cuenta de lo que estás haciendo, Jake? —replicó el otro con voz demudada.

—¿A qué te refieres?

—Tengo órdenes de eliminarte… ¡De matarte, Jake! ¡Y bien sabes que no puedo hacerlo! ¡No quiero hacerlo! —gritó Rybalkin desesperadamente.

—¿Quién te ha dado esa orden?

—Los «Amos»… Por radio… Tú no lo sabes. Llevo un aparato de radio en el pecho… Lo traje de

Mundo… Me obligaron a ponérmelo… ¡Míralo, Jake!

Boris, con gesto desesperado, se desabrochó la casaca y se alzó el jersey de hilo de plata que vestía.

Jake quedó atónito al ver una placa oscura, unida a la piel por lo que parecían tiras de carne.

—¡Me hablan a través de esto, Jake! ¡Y me han ordenado matarte! ¡Si no lo hago, ellos enviarán una descarga eléctrica contra este infernal aparato y me destruirán!

Jake se acercó a su excitado compañero. Examinó el aparato y luego miró a su amigo al rostro.

—¿Con qué vas a matarme, Boris?

—Con esto —dijo el otro, sacando una cajita del bolsillo, no mayor que un paquete de cigarrillos—. Debo presionar esta placa y apuntarte al pecho. Una descarga mortal paralizará tu corazón.

Jake sonrió y dijo:

—No tienes elección, Boris. Obedece a los«Amos»… ¡Dispara contra mí!

—¡No puedo hacerlo! ¡No puedo! —gimió Boris.

—Si no lo haces, te matarán.

—Lo sé. Ellos pusieron este maldito objeto en mi pecho. Si intento quitármelo, moriré también. No tengo escapatoria.

Después de una breve pausa, Jake dijo:

—Escucha, Boris. Sé que estoy a punto de vencer a Igkaan. Le tengo dominado y ha perdido la cabeza. Por eso ha ordenado mi muerte. Está acorralado y teme al Gran Garka. Sé lo que va a ocurrir si yo

muero. La verdad se sabrá y la humanidad reaccionará implacablemente contra los agentes de los «Amos». Nadie va a salvarse. Se formarán tribunales populares y correrá la sangre, tanto de inocentes como culpables. ¡Y bien sabe Dios que nosotros no somos culpables de nada!

En aquel instante se abrió la puerta de la biblioteca y apareció Sue Kelsey. La muchacha se quedó inmóvil, ante la actitud dramática de los dos hombres.

Boris se bajó rápidamente el jersey.

—¿Qué sucede aquí?

—Pasa, Sue —dijo Jake, volviéndose hacia ella.

—Acaba de llegar el «discóbolo» del presidente Byland, Jake… ¿Ocurre algo grave?

—Igkaan ha dado orden de matarme, Sue.

—¡No, eso no puede ser!

—Tengo que hacerlo, Sue —pareció gemir el ruso —. ¡Es mi vida o la suya!

Al decir esto, Boris dirigió hacia Jake el objeto que tenía en la mano, con gesto de infinita locura, como si su desesperación hubiese llegado al límite y sólo viera una salida en matar a su amigo.

Jake, empero, reaccionó violentamente. Se ladeó y lanzó un impresionante derechazo al mentón de Boris.

Sue lanzó un grito.

El agredido, cuya cabeza sufrió una violenta sacudida, a causa del golpe, soltó la caja siniestra que tenía en la mano y retrocedió unos pasos, para luego

desplomarse sobre la alfombra.

Jake se inclinó sobre él, comprobando que había perdido el sentido.

—¡Cielo santo!

—No tenemos tiempo que perder, Sue —dijo Jake tomando al desvanecido Boris y arrastrándole hacia la biblioteca—. Ocultémosle a la vista de los hombres de la Casa Blanca. Avisa al doctor Ellsworth y dile que intente quitar ese objeto del pecho de Boris. Lleva la muerte encima.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Ir a Washington. El presidente Byland tiene que ayudarnos, sea como fuere.

En aquel instante, el timbre de la puerta de entrada sonó dos veces seguidas.

—¡Aprisa, Sue; no te quedes ahí parada!

La joven reaccionó y fue hacia la biblioteca, donde Jake estaba colocando a Boris en una butaca.

—Llaman los hombres del Servicio Secreto.

—Lo sé. Tienen que acompañarme a Washington. Cuida de Boris… Yo les abriré.

Jake abandonó la biblioteca y cerró la puerta. Vio la cajita con la que Boris había intentado matarle y la tomó con cuidado, examinando la placa circular que tenía a un lado.

Se guardó el objeto en el bolsillo, fue hacia la puerta del jardín, la abrió y sonrió a los dos hombres vestidos de negro que había fuera.

—Buenos días, señores.

—Buenos días, señor Myers —respondió uno de ellos, mostrándole sus credenciales—. Escolta personal de seguridad del Presidente. Nos han ordenado acompañarle a la Casa Blanca.

—Sí, vamos. Les estaba esperando.

En el prado, a unos cien metros, estaba el «discóbolo» plateado. Dos hombres más aguardaban junto al aparato.

* * *

El Primer Magistrado de los Estados Unidos de América aguardaba en la escalinata. A su alrededor habían media docena de consejeros y ministros.

Jake se acercó a ellos, sonriente. Estrechó la mano del Presidente Byland y luego, éste mismo le presentó a sus colaboradores.

—Es un gran placer volverle a ver, señor Myers —dijo uno de los ministros—. Su discurso de la O.N.U. pasará a la historia.

—Gracias, Senador Grant. Es usted muy amable. En verdad, rechacé el bien redactado discurso para decir lo que pensaba en aquel momento.

—El señor Myers es un joven muy inteligente —añadió, el Presidente—. La patria se siente muy honrada con él. Va a ser un gran honor condecorarle.

Penetraron todos en el vestíbulo. El presidente Byland había tomado del brazo a Jake. Los otros dignatarios seguían unos pasos más atrás. Dada esta

circunstancia, Jake aprovechó para inclinarse hacia el presidente y decir en voz baja:

—¿Podríamos hablar a solas, señor?

—¿Eh? ¿Ahora?

—Sí. Es muy importante.

—Pero el protocolo…

—Busque usted una excusa, señor. El asunto lo requiere.

—Bien… bien… —Byland se volvió a sus ministros y, sonriendo, añadió—. Por favor, caballeros. Pasen ustedes a la sala de recepción. Debo intercambiar unas palabras en privado con el señor Myers.

—Pero, señor presidente —habló un consejero, sorprendido—, los embajadores y los generales están…

—Es sólo un instante, Bill. Dígales que vamos inmediatamente.

—Sí, señor.

El presidente Byland se llevó a Jake hacia una sala próxima, donde penetraron los dos.

—¿Qué ocurre, señor Myers? —preguntó entonces el alto dignatario.

—Algo muy grave, señor. El jefe del D.C.E., Igkaan, considera que soy un rebelde y ha ordenado mi muerte.

—¿Cómo? —exclamó Byland, atónito.

—Uno de mis mejores amigos, por orden de Igkaan, ha querido matarme con esto —Jake sacó de su bolsillo la caja, cuyos rayos desconocidos provocaba

la «muerte natural»—. Por suerte, he podido desarmarle.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho usted? ¿Se da cuenta de las consecuencias que puede acarrear esto?

—Perfectamente, señor. Posiblemente, Boris Rybalkin sea ejecutado por no haberme podido matar. Pero Igkaan debe ser eliminado a su vez.

—¡Eso no puede ser, Myers! ¡Ellos son…!

—¡Y nosotros somos seres humanos, señor! ¡Tenemos derecho a elegir nuestro propio destino! ¡Si la Humanidad supiera lo que ocurre, todo el planeta quedaría anegado en sangre!

—¡El cielo nos asista! ¿Qué está usted diciendo?

—Digo que prefiero morir, pero que la Humanidad entera sepa que está en manos de esos seres de otro mundo, antes de vivir más tiempo esclavo de ellos.

—¡No, no, Myers, por favor! ¡Esto no puede ser así! ¡Es imposible! Usted no puede… no puede…! ¡Ellos nos dominan!

—No, señor. Existe la posibilidad de cambiar el sistema empleado hasta la fecha. Igkaan tiene que ser destituido y el Gran Garka decretará otro procedimiento menos cruel para imponer su fuerza en la Tierra.

»Hay muchos países que no están controlados por ellos. Hemos de librarnos de las cadenas que nos han impuesto. Tenemos la fuerza que ellos mismos nos han dado y no tienen más remedio que acceder a mi plan. Sé que es posible realizarlo.

—¿Qué plan es ése? —preguntó el Presidente, todavía aturdido y confuso.

—No más secuestros de niños inocentes. En Nkra deben reconocernos como seres civilizados y tener relaciones abiertas y justas con nosotros, de lo contrario mi plan consiste en hablar al mundo a través de la televisión e informar de toda la verdad.

—¡No, por el amor de Dios, Myers! ¡Eso que dice es imposible! Los «Amos» vendrían y nos destruirían a todos. Sería una hecatombe infinita.

—No. Estoy seguro de que antes de hacer una cosa así, Igkaan habrá de recurrir al Consejo Supremo de Nkra. Y tendrá que dar explicaciones. El Gran Garka no quiere conflictos…

—¡Pero nosotros estamos indefensos ante ellos! ¡En pocos meses enviarán millares de naves provistas de armas desintegrantes y nos pulverizarán! ¡Yo no puedo hacer una locura semejante!

—¡Se trata de nuestra libertad, señor! ¡Le aseguro que a ellos tampoco les interesa una solución de aniquilamiento!

—¿Se ha vuelto loco, Myers? ¿Por qué hace usted esto? ¿No tiene cuanto desea?

—¡No! ¡Ni usted tampoco lo tiene! ¡Ni Johnny Harrison! ¡Somos los «esclavos técnicos» que los «Amos» han preparado en Mundo para gobernar este planeta!

»No somos más que unos autómatas al servicio del D. C. E. de Nkra. Ni siquiera somos seres humanos. Somos…

Jake se detuvo al escuchar una llamada a la puerta.

Byland abrió.

—En seguida vamos, Bill.

—Pero, señor presidente, los invitados…

—Vamos allá, señor presidente. Creo que los embajadores deben saber lo que ocurre.

—¡No, por el amor de Dios! Retírese, Bill. Diga que el señor Myers se ha sentido indispuesto y que está siendo atendido por los médicos. Suspenda la recepción.

Byland cerró inmediatamente la puerta, volviéndose de nuevo a Jake, ahora con el rostro pálido como la cera.

—Escuche, Myers. No podemos precipitarnos. Creo comprender sus sentimientos. Yo he pasado por Mundo antes que usted. He aprendido allí. Me hice hombre allí. Y sé que a los «nkranos» no se les puede desafiar.

—Yo lo he hecho y continúo vivo, señor.

—Pero no será por mucho tiempo. Ya lo verá.

—Puede que no. Lo que hemos de hacer es unirnos todos contra ellos. Ahora tenemos la posibilidad de romper las cadenas. Piense que estamos predicando la libertad al mundo entero, y somos nosotros los esclavos mudos que no podemos decir a nadie cuál es nuestra ínfima condición de vasallos de unos seres, cuyo único mérito es poseer una civilización superior a la nuestra.

»¿No se ha detenido usted nunca a pensar en que

la Humanidad ya está en condiciones de exigir la emancipación? Nuestra ciencia es tan elevada como la de ellos. Poseemos naves espaciales, armas atómicas, ejércitos inmensos, recursos humanos y naturales.

»¿Por qué cree usted que el Gran Garga pretende unificar todo el mundo bajo un solo gobierno central? Yo se lo puedo decir. Así corren menos riesgo. Nos temen, señor. Saben que cualquier pequeño país, todavía no controlado por sus estúpidos esclavos, puede enterarse de dónde viene el poder, cómo se gobierna en el mundo, y podría desencadenar algo sumamente terrible.

»Ahora, a principios del siglo XXI, no es como hace cuatro siglos. Ahora, la Humanidad es una fuerza. ¿Por qué seguir siendo esclavos si podemos ser libres?

El presidente Byland sacudió tristemente la cabeza.

—Si intentamos librarnos de ellos, nos aniquilarán.

—¡Pues que aniquilen al mundo entero, entonces, señor! ¡Es mejor morir luchando que vivir bajo el yugo de los «Amos»!

El presidente Byland no contestó. Estaba paseando arriba y abajo, con las manos a la espalda, intensamente preocupado. De repente, se detuvo y miró a su visitante con fijeza.

—Escuche, Jake Myers. ¿Por qué hace usted esto?

—Por humanidad. Yo conservo recuerdos de mi

infancia. Supongo lo que debieron sufrir nuestros padres al perdernos y apuesto a que muchas personas, de saber la verdad, dejarían ir a sus hijos voluntariamente a Nkra, si les garantizan que al regreso ocuparán cargos elevados en este mundo.

»Yo no quiero luchar contra los «nkranos». No amo la lucha, ni deseo la muerte. Quiero la verdad, la razón y la justicia. Y si en Ulken no nos escuchan, que se atengan a las consecuencias. Nosotros podemos unirnos y exigir. Somos quince mil seres en la Tierra que podemos hacernos oír.

—Y morir acto seguido —murmuró el presidente.

—La muerte es lo que menos debe importarnos, señor. Para los que nos dieron la vida, ya estamos muertos. Usted tenía padres, como yo. ¿Ha pensado usted en eso?

—Ellos me enseñaron a no pensar, Myers.

—Puede que sus padres aún vivan, señor presidente. ¿Con qué derecho le apartaron a usted de sus padres, cuando más los necesitaba, y le llevaron a ese mundo infernal?

—El derecho que tienen los poderosos sobre los débiles.

—¡Pues eso es lo que quiero acabar yo! ¡Y lo haré, aunque tenga que; hacerlo solo!

—¡No se lo permitiré, Myers! ¡Yo obedezco a los «Amos»!

Jake Myers mostró al presidente la caja de la «muerte natural».

—No le aconsejo que intente detenerme, señor.

Esto que llevo en la mano produce un colapso cardíaco. Le repito que estoy dispuesto a luchar solo… ¡Y si no quiere usted ayudarme, John Harrison sí lo hará!

—¿Está Harrison de acuerdo con usted? —preguntó el presidente, esperanzado.

—Sí. Se lo aseguro.

—Entonces, yo también.

CAPÍTULO X

Cuando Jake Myers regresó aquella tarde a «Manhold House», Boris Rybalkin ya había muerto.

Sue estaba llorando en el vestíbulo, sentada en una butaca. Un hombre de aspecto grave y cariacontecido se encontraba a su lado.

Al ver entrar a Jake, Sue corrió hacia él y se echó en sus brazos, gimiendo:

—¡Ha muerto, Jake!

—Lo siento, señor Myers —habló el hombre—. La señorita Kelsey no me permitió llevarle al hospital. Intenté librar al paciente del objeto que lleva en el pecho, pero murió. Mi deber es informar de esto a la policía.

Jake miró al hombre por encima de los hombros de Sue.

—Espere, doctor Ellsworth. Debo darle una explicación completa. Para que lo entienda mejor, le agradeceré que suba a mis habitaciones.

—Lo que lleva ese hombre injertado en el pecho es algo increíble —insistió el médico—. Esto deben saberlo las autoridades.

—No conseguirá usted nada, se lo aseguro. El problema que tenemos está muy por encima de las auto-

ridades. Por favor, venga usted conmigo arriba. Va usted a ver algo extraordinario.

Asiendo a Sue del brazo, Jake se dirigió a la escalera. El doctor Ellsworth les siguió, perplejo.

—El presidente Byland está de acuerdo conmigo, Sue. Hemos acordado darle un ultimátum a Igkaan. Si no acepta, afrontaremos las consecuencias. Piotr Zorka, el hijo del profesor Zorka, está también de nuestra parte. Quiere reunirse con su padre, aquí, en la Tierra. He hablado con él a través del fonovisor particular del presidente.

Sue dirigió una mirada hacia el médico que les acompañaba.

—Puede saberlo todo —dijo Jake—. Pronto lo sabrá la Humanidad entera.

—¿De qué hablan? —inquirió el médico.

—Pronto lo sabrá. Y no se sorprenda de lo que va usted a ver. Aunque no lo crea, la Humanidad está dominada por una raza extraterrestre desde hace siglos.

—¿Qué quiere usted decir? No le entiendo.

—Véalo por sí mismo, doctor Ellsworth —replicó Jake, abriendo la puerta de la «suite».

Entraron, y Jake descubrió el control secreto que descorría el panel y abría la cámara acorazada, ante la que se situó, para poner el fonovisor estelar en marcha.

—Colóquese usted aquí, doctor. Deseo que le vean bien… Y tú, a mi lado, Sue.

La pantalla se iluminó a los pocos segundos, sur-

giendo en ella el busto desconcertante de Igkaan. Al verlo, el doctor Ellsworth retrocedió unos pasos y abrió extraordinariamente los ojos y la boca.

—¿Qué… qué es esto?

—Estamos comunicando con los «Amos», doctor. Escuche. Igkaan habla nuestra lengua.

—¿Qué significa esta insólita llamada, Jake Myers? —preguntó la voz de Igkaan.

—Significa que Boris Rybalkin ha muerto. Le ha matado usted, al colocarle en el pecho un aparato que el doctor Ellsworth no ha podido retirarle.

—¿Eso has hecho, Myers? —interpeló Igkaan,

—Algo más, Igkaan. A menos que aceptéis mis condiciones, hoy sabrá toda la Humanidad lo que habéis hecho con nosotros. El presidente Byland y el financiero Harrison están de acuerdo conmigo. Preferimos morir defendiéndonos que vivir bajo el peso de vuestra opresión.

«Vuestra tiranía en la Tierra ha terminado. Deseo que hoy mismo sepa el Gran Garka la decisión que hemos tomado. Estamos en condiciones de lanzar un millar de cohetes provistos de cabeza nuclear contra Nkra, y sabemos que, en poco menos de cuatro meses, vuestro mundo será total o parcialmente destruido.

—¡Os aniquilaremos por completo! —rugió Igkaan.

—Será una destrucción mutua, Igkaan. Por suerte, la tierra ha llegado a su mayoría de edad. No somos, sin duda, tan fuertes como vosotros pero la herida

será grave. Y pienso que el Gran Garka debe estar al corriente de lo que ocurre.

—¡Tengo agentes suficientes en la Tierra para aniquilarte, Jake Myers!

—Ya es tarde. Más bien creo que te he aniquilado yo, Igkaan. No creo que el Gran Garka continúe fiando en ti.

—¡Abominado te veas, Jake Myers! ¡No te saldrás con la tuya! ¡Arrasaré Mundo!

—Tanto la Humanidad que tenéis secuestrada ahí, como ésta que habita la Tierra, creen que es mejor vivir libres que ser esclavos. Por tanto, para evitar mayores males irreparables, pido tu vida a cambio de la de Boris Rybalkin. Y luego el Gran Garka nos concederá la libertad.

—¡No, maldito seas! —rugió Igkaan, cerrando la comunicación bruscamente.

En el silencio que siguió, Jake se volvió al atónito doctor Ellsworth y le preguntó:

—¿Qué se ha imaginado, doctor?

—Es lo más increíble que he visto en mi vida.

—Y no es cosa de ir a la policía con este problema. Desborda incluso los más altos tribunales internacionales. Somos una raza oprimida por otra. Desde muchos años atrás, hombres como el que acaba usted de ver en la pantalla, se han llevado de nuestro mundo a grupos de niños, educándoles en su planeta para que regresen a controlar el poder en este mundo. No han podido evitar, empero, el progreso científico. Y ahora estamos en condiciones

de exigir nuestra emancipación.

—¡Esto es increíble!

—Increíble, pero cierto. Y la verdad hemos de afrontarla decididamente. Voy a intentar establecer contacto de nuevo con Ulken, en Nkra. Es preciso que el Gran Garka me escuche y sepa la verdad. Con individuos intransigentes como Igkaan no es posible entenderse. Tengo la esperanza de que el Jefe Supremo de Nkra nos comprenda y quiera colaborar, destituyendo a Igkaan. Si lo hace, podemos conseguir la emancipación.

—¡Inténtalo, Jake! —suplicó Sue.

Jake abrió su maletín y extrajo un sobre metálico cerrado. Por medio de un vibrador iónico, abrió el sobre y sacó una ficha taladrada.

—Igkaan ignora que poseo esto. Me lo entregó el propio Gran Garka. La computadora establecerá contacto con Ulken, aunque Igkaan haya cerrado el circuito.

—¿Por qué te dio esto el Gran Garka? —preguntó Sue, extrañada.

—Tal vez porque confiaba más en mí que en su ministro —dijo Jake—. Sé que el Gran Garka no quiere problemas. Y esa es mi fuerza. O me atiende, o tendrá más de los que puede soportar.

Diciendo esto, Jake introdujo la ficha taladrada en una ranura del fonovisor sideral. A los pocos segundos, la pantalla se iluminó de nuevo y apareció en ella un rostro de mujer «nkrana», cuyos enormes ojos miraron fijamente a Jake.

Unas palabras incomprensibles brotaron del altoparlante.

—Soy Jake Myers. Es importante que me oiga el Gran Garka.

La mujer «nkrana» no replicó. Debió accionar algún control con sus tentáculos, porque la pantalla se oscureció de pronto.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó el doctor Ellsworth.

—Deben avisar al Gran Garka. Se ha sorprendido al vernos. Será mejor que se retire usted, doctor… Y tú también, Sue. El jefe de los «nkranos» no es Igkaan.

Tanto Sue como el médico se colocaron a un lado.

Y no bien lo habían hecho, cuando la pantalla se iluminó de nuevo, surgiendo el busto del Gran Garka, enteramente cubierto de pedrería y oro.

Jake le hizo una reverencia.

—Señor, disculpad que os haya molestado. Pero Igkaan ha ordenado mi muerte y estoy en el derecho de defenderme.

—¿Por qué, hijo mío? ¿Qué ha ocurrido? —preguntó el Gran Garka.

—Supuse atinadamente que no estabais enterado de la verdad, señor —habló Jake, en tono sereno—. He comprendido que el jefe del D. C. E. no es el más adecuado para serviros dignamente, como vos os merecéis. Todavía piensa que nosotros, los terrestres, somos insectos o pequeños gusanos a los que se puede aplastar con el pie.

»Le he pedido comprensión y justicia, y por ello ha ordenado matarme.

—¡No es posible! Explícamelo todo, hijo mío.

Jake habló durante un largo rato, exponiendo la verdad y no ocultando siquiera sus pretensiones, las cuales escuchó el Gran Garka con «nkrano» gesto pensativo.

Jake concluyó:

—Nosotros no queremos luchar, señor y soberano. Sólo queremos que nuestros hijos puedan vivir tranquilos, junto a sus padres. Queremos que la Humanidad conozca la verdad como la conocemos nosotros. Queremos vivir en paz y en armonía, intercambiando cultura y amistad, sinceridad y riqueza. Pero queremos ser libres, elegir nuestros propios dirigentes, sin que nos los imponga nadie solapadamente… y vivir en paz con toda las razas del universo.

—¡Ah, hijo mío, qué hermosas palabras! Yo soy viejo ya, y estoy cansado. Pronto, mis dioses me reclamarán. Mi pueblo elegirá otro Gran Garka… Y me gustaría que fuese alguien como tú, pero de nuestra raza. Sé que tienes razón, hijo mío. Mucha razón. Pero la vida no la podemos hacer nosotros.

—Tampoco debemos quitarla, ni arrebatar hijos a sus madres —intervino Jake.

—Era necesario hacerlo. Compréndelo.

—Puede que tengáis razón, señor. Pero esa necesidad ya no existe. Se ha prolongado demasiado. Y vuestro magnánimo decreto podría solucionar las

cosas.

—Sí, yo podría… Déjame pensar… Desde luego, exigiré a Igkaan un informe de su conducta. Debo escuchar a ambas partes. Es lo justo. Si es necesario, decidirá mi Consejo Supremo. Queda tranquilo, hijo.

«Pronto sabrás mi respuesta. Desde luego, no hagas nada de lo que puedas arrepentirte luego. Espera.

—Estaré a vuestra disposición, señor y soberano mío —contestó Jake muy dignamente, con delicada diplomacia.

—Hallaremos la solución más conveniente.

—Sí, Gran Garka.

—Adiós, pues.

—Adiós, señor.

* * *

Jake se hizo servir la cena en su propia «suite». El doctor Ellsworth no pudo salir de allí. Tampoco fue atendida ninguna llamada del exterior, ni se comunicó a nadie la muerte de Boris Rybalkin.

Los sirvientes avisaron que habían llamado muchas personas de la política y las finanzas, interesándose por el estado de salud de Jake Myers. Pero éste no contestó a ninguna llamada.

—Díganles que el doctor Ellsworth está conmigo. Nada más. Informaremos a su debido tiempo.

Al anochecer, llamó el propio presidente Byland,

pero tampoco obtuvo respuesta. Mientras, en torno a «Manhold House», para saber noticias acerca del estado de salud de Jake, se habían congregado ya más de un millar de periodistas, a los que, naturalmente, no se les permitió la entrada.

Todo el mundo debía esperar.

Y Jake lo hacía también pacientemente. Estaba seguro de que el destino de la Humanidad se estaba decidiendo en aquellos momentos, a muchos millones de kilómetros de la Tierra.

Fue por ello una cena silenciosa, de secos monosílabos, miradas huidizas, gestos nerviosos y actitudes frías.

El más nervioso, sin duda, era el doctor Ellsworth, ajeno a todo lo que ocurría, pero consciente ya de la vital importancia del caso.

Con frecuencia, el médico volvía el rostro hacia la caja acorazada abierta, de donde tenía que venir la condena o la absolución.

—Tardan mucho —dijo, al fin, Ellsworth.

—Si me promete usted solemnemente no revelar nada, puede marcharse, doctor —observó Jake, consultando el reloj electrónico—. Han pasado seis horas.

—¡No me iría de aquí ni por todo el oro del mundo! —exclamó el otro, vehemente.

—¿Y si deciden que no? —apuntó Sue, dando vueltas a la cucharilla dentro de la taza de fruta líquida.

—Será el fin —contestó Jake—. Pero los «Amos»

no escaparán indemnes. Tenemos cuatro meses de tiempo para organizar el desquite. El hijo del profesor Zorka conoce el lugar donde se encuentra Nkra. Me ha dicho por fonovisor que puede dirigir cohetes atómicos hacia Nkra, siguiendo distintas órbitas.

«Nosotros podemos ser destruidos en parte, porque es posible emigrar a otros planetas, pero ellos sufrirán un duro castigo también. No estamos tan indefensos como nos creen.

—¿Existen propulsores capaces de llegar hasta Nkra?

—Sí. Los nuevos motores de propulsión nuclear pueden alcanzar Nkra.

—No es, desde luego, una solución ideal.

—Pero sí un argumento capaz de arrancar la cabeza a Igkaan —dijo Jake.

En aquel preciso instante, el fonovisor sideral emitió un sonido. Jake se puso en pie precipitadamente, diciendo al mismo tiempo:

—No se muevan de aquí. Que no les vea el Gran Garka.

Él fue a situarse frente al aparato. Estaba temblando. Era la primera vez en su vida que Jake había perdido la confianza en sí mismo.

¡Y hasta rezó mentalmente una oración!

Al iluminarse la pantalla, apareció el busto del Gran Garka, el cual llevaba ahora su diadema de soberano y la máscara de pedrería de las grandes audiencias.

Su voz llegó cansada hasta Jake, diciendo:

—Hemos sostenido un gran debate, hijo mío. Desde luego, Igkaan ha sido detenido y ejecutado. No era querido de mi Consejo y ha demostrado demasiado odio hacia vosotros que tan bien nos habéis servido.

»En la jefatura del Departamento de Control Exterior habrá, a partir de ahora, uno de mis súbditos y uno de cada una de las razas con las que tenemos relaciones directas. Eso quiere decir que las decisiones respecto a la Tierra habrán de ser tomadas de común acuerdo por nosotros y vosotros. ¿Te parece bien, Jake Myers?

—¡Maravilloso, señor! ¡Vuestro Consejo no ha podido ser más justo y acertado!

—Me alegro por vosotros. Desde luego, hemos admitido que vuestro progreso ha sido rápido en los últimos tiempos. Ninguna otra raza del universo ha salido de la oscuridad y la superstición con tanta rapidez como vosotros.

»Eso nos ha hecho pensar que en pocos siglos podéis tener un nivel científico y técnico igual que el nuestro. Igkaan debió darse cuenta y tenernos informado. Ése ha sido su mayor error.

«Nosotros creemos que es conveniente acceder a vuestras demandas y otorgaros lo que habéis pedido. Es justo. A cambio, queremos establecer un sistema de intercambio cultural y de defensa mutua. Nosotros visitaremos vuestro mundo libremente, del mismo modo que vosotros visitaréis el nuestro.

«Queremos alojamiento adecuado a nuestra atmósfera. Queremos embajada diplomática, respeto, consideración y queremos que en la Tierra se establezca definitivamente el sistema de gobierno central único.

«Para eso, contamos con tu colaboración, Jake Myers. El proyecto primitivo debe seguir adelante. La misión que te fue encomendada ha de cumplirse. Y quiero que seas tú el Primer Presidente del Consejo Mundial.

«Para la gran instauración, enviaremos una gran delegación… Y hasta es posible que me decida a acudir personalmente. Se tratará, sin duda, de un gran acontecimiento universal. Vais a ser el primer planeta que obtenga la emancipación.

»Yo diré a todos tus semejantes que esa conquista te la deben a ti. Sé que has estado muy cerca de la muerte.

»Y no quiero que me digas nada. Estoy dándome cuenta de tu profunda emoción. Avisa a tus hermanos y dales la noticia. Luego, ponte en contacto con tu familia. Puedes explicarle la verdad… ¡Ah, comunica a John Harrison que Evelyn Grearson partirá en breve hacia la tierra!

* * *

El aeropuerto de Pasadena fue acordonado por tropas del ejército. Sólo tres personas fueron autorizadas a penetrar en la pista metálica número

uno, cuando descendió del cielo, silenciosamente, el «discóbolo» donde viajaban Jake Myers y Sue Kelsey.

Al detenerse el aparato, cerca de donde estaban las tres emocionadas personas, se abrió la compuerta inferior.

Jake saltó a tierra, vestido elegantemente con una larga casaca forrada de pedrería, y corrió hacia los que aguardaban a menos de diez metros.

—¡Dicky! —gritó la mujer, echando también a correr hacia el futuro Presidente de la Confederación Mundial de Naciones—. ¡Dicky!

Madre e hijo se echaron uno en brazos del otro.

Aquel increíble encuentro había sido posible gracias a las gestiones personales del presidente de los Estados Unidos.

Jake no perdió tiempo. Dos días después de la Gran Emancipación, volaba hacia Pasadena. Antes, los agentes del gobierno habían preparado a la familia Herlin.

Y ahora, el señor Herlin, con lágrimas en los ojos, emocionado, trémulo y radiante de alegría, abrazaba también a su esposa e hijo. Al grupo se unió la hermana menor de Jake, Jaqueline, a la que él no había visto más que en fotografía.

—¡Dicky, hermano!

Sue Kelsey, el presidente Byland, Johnny Harrison y otros, descendieron también del «discóbolo» y se acercaron al emocionado grupo.

Todos parecían tener el corazón en la boca.

—¡Y yo que te creí muerto! ¡Gracias, Dios mío;

gracias por tanta ventura! —exclamaba la señora Herlin, sin dejar de acariciar el rostro del personaje más importante de la Tierra—. ¡Éste es mi Dicky! ¡Alguien me lo quitó y ahora me lo devuelve, convertido en un hombre famoso!

—Te devuelven dos hijos, mamá —aclaró Jake, con voz insegura por la emoción—. Déjame presentarte a Sue Kelsey, que pronto será mi mujer. Ella no ha tenido mi suerte. No recuerda a sus padres, que posiblemente deben vivir aún.

—¡Oh, hijita mía! ¡Yo seré una segunda madre para ti!

Sue y la señora Herlin se abrazaron fuertemente.

Mientras, el presidente Byland estrechaba la mano del ingeniero Herlin.

—Hermoso día, señor Herlin.

—¡Maravilloso, señor presidente!

—Puede usted llamarme Joe.

John Harrison, el «Rey del Dólar», palmeó la espalda de Byland.

—Joe, ¿eh, bribón? Vamos a aprovechar esta ocasión para tomar juntos un buen vaso de «whisky», jefazo. Creo que la ocasión lo merece.

—Desde luego que sí.

Sue y Jaqueline Herlin se abrazaron también, llorando.

Sí, fue un día feliz para todos… ¡Un día feliz para toda la Humanidad!

FIN